
Geórgicas

Virgilio

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 3646

Título: Geórgicas

Autor: Virgilio

Etiquetas: Poesía, Tratado

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de junio de 2018

Fecha de modificación: 23 de junio de 2018

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Libro I

Qué es lo que hace fértiles las tierras, bajo qué constelación conviene alzar los campos y ayuntar las vides a los olmos, cuál es el cuidado de los bueyes, qué diligencia requiere la cría del ganado menor y cuánta experiencia las económicas abejas, desde ahora, oh Mecenas, comenzaré a cantarte.

Vosotras, oh lumbreras esclarecidas del universo, que guiáis el año deslizado a través del cielo, y tú, Líber, y tú, nutricia Ceres, si es cierto que por regalo vuestro cambió la tierra la bellota caonia por la gruesa espiga y mezcló el agua del Aqueloo con el mosto de la recién hallada uva, y vosotros, Faunos, divinidades protectoras de los campesinos, traed también la danza, Faunos, lo mismo que vosotras, doncellas Dríades, que vuestros dones canto.

Y tú, Neptuno, en cuyo honor la tierra herida por tu gran tridente brotó al punto el relinchante caballo, y, tú, habitante de los bosques, en cuyo honor trescientos novillos blancos como la nieve pacen los fértiles sotos de Cea; tú, también, Pan, guardián de ovejas, abandona el bosque paterno y los valles del Liceo, y si te causan algún cuidado tus campos ménalos, ven a mí, propicio, oh Tegeo, y tú lo mismo, Minerva, que descubriste la oliva, y tú niño, inventor del corvo arado; y tú, Silvano, que llevas un tierno ciprés arrancado de raíz. Vosotros dioses y diosas todos, cuyo servicio es proteger los campos y alimentar sus frutos espontáneos y hacer caer desde el cielo a los sembrados abundante lluvia.

Y tú, por fin, oh César, tú, de quien no sabemos qué asamblea de los dioses tiene reservado un puesto; ya quieras visitar ciudades y cuidar las tierras y te reciba entonces la tierra toda como autor de los frutos y moderador del tiempo, ceñidas tus sienes del materno mirto; o si te presentas como dios del mar inmenso y adorando solamente los marineros tu deidad, a ti te sirva la más remota de las tierras, Tule, y Tetis te compre para yerno por el mar entero; o si bien prefieres añadirte como nuevo astro a los meses largos, en el espacio libre entre Erígone y las Quelas que la siguen (pues el ardiente Escorpión estrecha ya en tu honor sus brazos y te

ha dejado una parte del firmamento más que suficiente): sea cual fuere tu destino (pues ni el Tártaro te espera como rey, ni de ti se apodere tan cruel pasión de reinar, aunque Grecia admire los Campos Elíseis y Prosérpina no atienda a seguir el llamamiento de su madre), suaviza mi tarea y favorece mi audaz empresa y, compadeciéndote conmigo de los labradores, que ignoran su camino, señálame la ruta y acostúmbrate ya mismo a ser invocado con plegarias.

Al llegar la primavera, cuando el hielo se derrite en los nevados montes y la gleba se convierte en polvo al soplo del viento Céfiro, empieza, a mi parecer, ya entonces el buey a gemir bajo el peso del arado hundido y resplandezca la reja gastada por el surco. Aquella tierra solamente satisfará al avaro labrador que haya sentido dos veces los rigores del sol y dos los de los fríos: sus abundantes mieses logran hundir siempre los graneros.

Pero antes de roturar con el hierro un campo primerizo conviene conocer los vientos dominantes y la acostumbrada variedad del clima, las atávicas disposiciones del terreno y su tradicional cultivo y qué fruto produce y cuál rechaza cada una de las tierras. Ésta es buena para cereales, la otra sazona mejor las vides; los árboles frutales crecen en otra parte y allí verdece naturalmente la hierba. ¿No ves cómo el monte Tmolos nos envía el oloroso azafrán, la India el marfil y los afeminados sabeos sus inciensos y, en cambio, los desnudos célibes el hierro, el Ponto el castóreo fétido y el Epiro las yeguas que cosechan palmas en la Elide?.

Desde el momento mismo en que Deucalión arrojó sobre la desnuda tierra las piedras de donde brotaron los hombres, empedernida raza, al punto impuso la naturaleza a lugares determinados leyes ciertas y eternas normas. Pues, ea, labren los robustos bueyes la tierra gruesa desde los primeros meses del año y el polvoriento estío cueza los terrones extendidos con los rayos en toda su pujanza; mas, si la tierra es floja, será bastante removerla en delgados surcos hacia el Arturo; no sea que las hierbas perjudiquen en aquélla los lozanos frutos y la arena estéril absorba en ésta su humedad escasa.

También harás que descansen tus campos ya segados por un año, y la tierra así inactiva se fortifique con el abandono; o si prefieres, siembra, al cambiar el tiempo, el dorado trigo allí donde antes arrancaste legumbres lozanas de temblorosa vaina, o el fruto delicado de la arveja y las frágiles cañas del amargo altramuz, que forman sonoro bosque.

El lino, en cambio, quema la tierra, y lo mismo la avena y la adormidera henchida de sueño leteo. Pero, sin embargo, el trabajo es fácil en un régimen alterno de cultivos, con tal de que no te cause vergüenza saturar el árido suelo de grasa estiércol y arrojar la ceniza inmunda por los campos agotados.

Así también con el cambio de cultivos descansa el campo y aun sin labores presenta la tierra cierto agradable aspecto. Frecuentemente causó también provecho quemar el suelo estéril y encender en crepitantes llamas las delgadas cañas del rastrojo, ya sea que las tierras toman con esto fuerzas ocultas y fecundo abono, o que les consume el fuego todo el exceso y hace expeler una humedad dañosa, o que aquel calor abra abundantes poros y ocultos respiraderos, por donde llega el jugo a las nuevas plantas, o porque endurece y comprime las abiertas venas para impedir así la penetración de la fina lluvia y que el duro rigor del sol violento o el frío penetrante del Bóreas las quemee.

Además beneficia mucho a los campos aquél que rompe los terrones improductivos con los rastrillos y el que arrastra sobre ellos zarzos de mimbre; con ojos complacientes lo mira desde el elevado Olimpo la rubia Ceres, y lo mismo aquél que, volviendo de nuevo el arado, corta de través los lomos que levantó rectos sobre la planicie y ejercita sin parar la tierra y sobre los campos manda, Pedid, labradores, veranos húmedos y serenos inviernos, que con el polvoriento invierno hay abundante trigo. Así la Misia, campiña fértil, sin cultivo alguno se envanece igual y el mismo Gárgaro admira sus propias cosechas. ¿Qué decir de aquél que, esparcida la semilla, pone mano en el terreno y allana los montones de la seca arena y después lleva el agua a los sembrados en dóciles corrientes y, cuando el campo agostado aridece al secarse las hierbas, he aquí que hace saltar la onda de la escarpada cima a través de pendiente sendero?; al caer el agua por las guijas lisas produce un ronco murmullo y refresca con sus golpes el campo seco. ¿Y qué diré del que hace pacer la viciosa mies en tierna hierba, al punto en que el sembrado se levanta sobre el lomo de los surcos, para evitar que la caña se tumbe luego al peso de las espigas llenas? ¿Y qué del que seca con arena bebedora la humedad estancada en charcos, sobre todo si en los dudosos meses el río se desata caudaloso y anega todo por doquier con el arrastrado limo, formando en las hondonadas lagunas que exhalan una tibia humedad?

Y a pesar de que hombres y ganado hayan practicado estos trabajos, sin

cesar de revolver la tierra, todavía causan daño el insaciable ganso y las grullas estrimonia y la achicoria de raíz amarga o la nociva sombra. El mismo Júpiter quiso que no fuese sencillo el procedimiento del cultivo y fue el primero que, impulsando con cuidados los espíritus de los hombres, determinó el arte de la agricultura y no consintió que sus reinos se estancasen con la indolente pereza.

Antes de Júpiter ningún labrador cultivaba la tierra, ni era lícito tampoco amojonar ni dividir un campo por linderos; disfrutaban en común la tierra y ésta producía por sí misma de todo con más liberalidad sin pedirlo nadie. Él fue quien puso la ponzoña venenosa en las negras serpientes y ordenó a los lobos hacer presa y a removerse el mar y sacudió la miel de las hojas y ocultó el fuego y secó los arroyos de vino, que corría por doquier, con el fin de que la necesidad, por el continuo ejercicio, originase poco a poco variedad de artes y en los surcos buscarse la planta del trigo e hiciese brotar de las venas del pedernal el escondido fuego. Entonces los ríos, por primera vez, sintieron sobre sí los troncos excavados del aliso, entonces el marino redujo a número los astros y les dio los nombres de Pléyades, Híades y la brillante Osa, hija de Licaón. Entonces se inventó cazar a lazo las fieras, engañar los pájaros con liga y cercar de perros las espesas selvas. Ya un segundo, escudriñando el hondo, hiere con la red el anchuroso río y otro arrastra por el mar los mojados linos. De entonces data el hierro rívido y la sierra de sonido agudo, pues los primeros hombres hendían con cuñas la fibrosa madera. Entonces aparecieron los variados oficios. Todo lo venció el extremado trabajo y la necesidad que aprieta en circunstancias duras.

Ceres fue la primera que enseñó a los mortales a voltear la tierra con el hierro, cuando empezaban a faltar las bellotas y los madroños del sagrado bosque y Dodona negaba su alimento. Después también el trigo sufrió nuevo castigo: el anublo nocivo que consume las espigas y el pelado cardo que se eriza sobre los campos. Perecen los sembrados y crece en su lugar la áspera maleza, el lampazo y el abrojo, y en medio de vistosas mieses sobresalen la cizaña estéril y las avenas locas.

Por lo tanto, si no persigues sin tregua la hierba con los rastros y espantas con ruidos a las aves, levantas, guadaña en mano, el tapiz que cubre el campo e invocas con súplicas la lluvia, ¡ay!, en vano contemplarás el grueso montón de trigo ajeno y tendrás que acallar solitario el hambre, sacudiendo la encina de los bosques.

También hay que nombrar las armas propias de los rudos campesinos, sin las cuales ni pudieron sembrarse ni crecer las mieses: la reja y, en primer lugar, el pesado roble del corvo arado y los carros de la madre eleusina, lentos en moverse, y los trillos, las rastreras y rastros de excesivo peso; además el tosco ajuar de mimbres de Celeo, los zarzos de madroño y el harnero místico de Iaco; aperos todos que, mucho antes de usarlos, has de tener, atento, en previsión, si quieres en destino la debida gloria del divino campo.

Sin pérdida de tiempo se doma, flexible, un olmo en el bosque con gran fuerza para cama y recibe la forma del curvo arado; se adapta al tronco, a partir de la raíz, el timón de ocho pies de largo, dos orejeras y un dental de doble revés. Se corta también con anterioridad para yugo un delgado tilo y una elevada haya para esteva, que, puesta atrás, haga girar las ruedas bajas; el humo examina la dureza de la madera, colgada al fuego.

Podría referirte muchos preceptos de los antiguos, si me atiendes y no te cansa conocer minúsculos cuidados. Ante todas las cosas la era debe allanarse con pesado cilindro y cimentarla con la mano y hacerla maciza con greda pegajosa, por que las hierbas no la cubran y acabe deshecha en polvo y mil plagas burlen tu trabajo. Frecuentemente el pequeño ratón construyó sus galerías bajo tierra y las convirtió en granero, o los ciegos topos cavaron su manida y en los agujeros fue hallado el sapo y cuantos bichos raros la tierra cría: el gorgojo, que devora un vasto montón de trigo, y la hormiga, que teme la vejez necesitada.

Observa también siempre cuando el almendro en el bosque se vista de flores y doblegue sus olorosas ramas; si el fruto en esperanza es abundante, colmados también serán los trigos y la trilla será grande con los calores fuertes; pero si la sombra es muy densa por la abundancia excesiva del follaje, en vano trillará la era las cañas, gruesas sólo por la paja.

Yo he visto asimismo a muchos que preparaban, al sembrar, el grano y lo rociaban antes con salitre mezclado con negro alpechín, con el fin de que las vainas engañosas encerrasen un fruto mayor y se apresurase su reblandecimiento al fuego, aunque fuese escaso. He visto también semillas seleccionadas largo tiempo y con mucho esfuerzo probadas, que sin embargo degeneraban, si la mano del hombre no separaba todos los años con los dedos una a una las más grandes. ¡Ir así de mal en peor

todas las cosas por fuerza del destino y volver atrás empeoradas! No de otra manera que el que empuja a duras penas con los remos su barquilla remontando la corriente y, si le ocurre aflojar los brazos, lo arrebatara al punto el cauce lanzándolo a la deriva.

También debemos observar la constelación del Arturo y la época de las Cabrillas y la resplandeciente Serpiente, no de otro modo que los que son llevados a su patria a través de borrascosos mares acechan el Ponto Euxino y las bocas de Abidos, productor de ostras. Cuando la Libra haya igualado las horas del día y las del sueño y separa ya la mitad del orbe entre luz y sombras, poned los bueyes al trabajo, labradores, y sembrad en los campos la cebada hasta las lluvias finales del intratable invierno. Es el tiempo también de cubrir con tierra la semilla del lino y la adormidera consagrada a Ceres y de inclinarse ya mismo sobre el arado, mientras lo permite el suelo, seco todavía, y las nubes quedan en suspenso.

La siembra de las habas es en primavera; entonces también a ti, alfalfa de la Media, te reciben los sueltos surcos y para el mijo llega el anual cuidado, en el tiempo en que el blanco Toro abre el año con sus cuernos de oro y el Can se esconde, retirándose ante la grupa del astro. Pero si preparas la tierra con vistas a una cosecha de trigo y de gruesa espelta y te afanas sólo por la espiga, antes las Pléyades, hijas de Atlas, se te oculten mañaneras y la constelación de Gnosos, de brillante Corona, se retire, que deposites en los surcos las semillas que les corresponden y que te apresures a confiar la esperanza del año a la repelente tierra.

Muchos comenzaron el trabajo antes de ocultarse la estrella Maya, pero la esperada cosecha los burló con espigas vanas. Mas si tú siembras la arveja y el vil guisante y no desdeñas cultivar la lenteja de Pelusio, señales claras te enviará el Boyero al ocultarse: comienza y hasta la mitad del invierno prosigue la sementera.

Ésta es la razón de que el dorado sol rija, recorriendo cada año las doce constelaciones del cielo, el firmamento repartido en zonas determinadas. Cinco zonas ocupan el cielo: una de ellas roja siempre por el sol resplandeciente y abrasada de continuo por su fuego. Alrededor de ésta se extienden a derecha e izquierda dos zonas extremas, oscuras, de espeso hielo y de negras lluvias. Entre éstas y la del medio, por regalo de los dioses fueron concedidas dos a los míseros mortales y un camino ha sido trazado entre ambas por donde el orden de las constelaciones girase oblicuamente.

Como el cielo se levanta, elevado hacia la Escitia y las alturas de los montes Rífeos, así se abaja, inclinado, hacia los Austros de la Libia. Este polo siempre está sobre nuestras cabezas, pero al otro lo contemplan a nuestros pies la negra Estigia y la morada profunda de los Manes.

El inmenso Dragón se desliza bajo nuestro polo en sinuoso giro y, a la manera de un río, alrededor y entre las dos Osas, las Osas que esquivan bañarse en la llanura del Océano. Bajo el otro polo, según dicen, o la intempestiva noche reina en silencio eterno y densas tinieblas se extienden por la noche, o la Aurora les llega de nosotros provocando el día, y cuando el sol al levantarse nos manda el resuello de sus jadeantes caballos, enciende el rojo Véspero allá abajo el crepúsculo de la tarde.

Según estas observaciones podemos predecir, aun en un cielo dudoso, las estaciones favorables, de aquí también la época de la siega y el tiempo de la siembra, y cuándo convenga impeler con los remos el inseguro mar, cuándo echar al agua las equipadas flotas, o derribar el pino en las selvas a su debido tiempo. No en vano observamos la puesta y salida de los astros y el año repartido por igual en cuatro estaciones diferentes.

Si en algún tiempo la fría lluvia retiene en su casa al labrador, es ocasión de hacer holgadamente muchas cosas que tendrían luego que ser improvisadas bajo un cielo sereno. El labrador aguza la dura punta de la embotada reja, de troncos de árbol excava las barricas, o empega los ganados o numera sus montones. Otros afilan las estacas y las horcas de dos ganchos y preparan las ligaduras amerinas para la flexible vid.

Mientras, téjase la sencilla canastilla con mimbres de zarza; tostad mientras al fuego las semillas, machacadlas ahora con una piedra. Pues aun en los mismos días de fiesta las leyes humanas y divinas permiten hacer algunas cosas. No hay escrúpulo religioso que prohíba sangrar las balsas, cercar con una valla los sembrados, armar trampas a los pájaros, dar fuego a las zarzas y zambullir el rebaño balador en agua que lo cure. Con frecuencia un hombre que arrea un borriquillo de paso lento carga a las costillas de él un pellejo de aceite, o frutas de escaso precio y, al volver a casa, trae de la ciudad una muela picada o una masa de negra pez.

La misma Luna ha establecido en orden diferente otros días favorables para los trabajos. Evita el quinto; el pálido Orco y las Euménides nacieron aquel día. También entonces en un abominable alumbramiento la tierra

lanza afuera a Ceo y a Iápeto y al cruel Titeo y a los hermanos, conjurados para descuajar el Cielo. Por tres veces intentaron poner encima del Pellón el Osa, según se sabe, y rodar sobre el Osa el frondoso Olimpo; y tres veces el padre Júpiter derribó con el rayo los hacinados montes. El decimoséptimo día se tiene por favorable para plantar vides y domar los bueyes cogidos a lazo y poner nuevos lizos a la tela. El noveno día es preferible para que los esclavos huyan y, en cambio, es perjudicial a los ladrones.

Muchos trabajos se presentan más hacederos durante la noche fresca, o cuando el lucero matutino cubre las tierras de rocío al salir el sol. Por la noche se siegan mejor las cañas sin espiga, por la noche los secos prados; no falta en las noches la suavizante humedad. Otro vela también las noches junto al fuego de invernal candela y talla en forma de espiga las teas con un hierro aguzado. Mientras tanto, aliviando su esposa con el canto la larga tarea, recorre la tela con el resonante peine, o cociendo al fuego el dulce mosto le suprime el agua y espuma con hojas la superficie líquida de la trepidante caldera.

Mas el dorado trigo se corta con los calores fuertes y con los calores fuertes trilla la era las tostadas mieses. Ara desnudo, desnudo siembra. El invierno hace perezoso al labrador. Durante los fríos disfrutan ordinariamente los labradores de lo que allegaron y con alegría se regalan entre ellos con festines. Les invita el regocijante invierno y les alivia los cuidados. A la manera que, cuando las naves cargadas han tocado ya puerto, colocan alegres los marineros coronas en la popa. A pesar de esto es también la ocasión entonces de varear las bellotas de la encina y las bayas del laurel y la oliva y el fruto, rojo como sangre, de los mirtos; de tender lazos a las grullas y redes a los ciervos y de perseguir las liebres orejudas; es el momento de herir los gamos restallando en el aire la cuerda de estopa de la honda baleárica, cuando la nieve yace en ventisqueros y los ríos arrastran témpanos de hielo.

¿Qué diré yo de las tempestades y constelaciones del otoño y de las cosas que deben prever los hombres cuando ya el día es más corto y más templado el calor? ¿O cuando la primavera se precipita en lluvia, cuando ya se eriza el campo de espigadas mieses y el trigo, todavía en leche, se hincha sobre la verde caña? Muchas veces cuando el amo hacía entrar a los segadores en los dorados campos y recogían ya las cebadas de frágil caña, he visto yo chocar todos los vientos en combates tales que

arrancaban de raíz las cargadas mieses lanzándolas al aire, de forma que en negro torbellino las llevaba el huracán como liviana caña y voladoras pajas.

Con frecuencia también aparece en el cielo un inmenso reguero de aguas y, acumuladas desde lo alto las nubes, engruesan la horrible tempestad con sombrías lluvias; se precipita la más alta región del éter e inunda el aguacero los fértiles sembrados y los trabajos de los bueyes; llénanse las fosas y con ruido aumentan las cuencas de los ríos y brama el mar al removerse sus abismos. El mismo Júpiter, en medio de la nubosa noche, lanza con su diestra los brillantes rayos, a cuya sacudida tiembla la tierra entera; al punto las fieras han huido y entre las gentes el espanto que acobarda se ha apoderado de los mortales corazones. El dios, mientras, hiere con su ardiente rayo ya el monte Atos, o el Ródope, o las cumbres acroceraunias; los Austros redoblan su furor y la lluvia arrecia y el poderoso huracán ruge aquí y allá en bosques y riberas.

Recelándote de estos males, observa los meses del cielo y las constelaciones; a dónde se retira la fría estrella de Saturno y qué círculos traza errante en el cielo el astro de Cilene.

Pero ante todo, da culto a los dioses y cumple cada año el rito a la gran Ceres oficiando sobre la lozana hierba, cuando ha tocado a su fin el largo invierno, entrada ya la serena primavera. En esta época están gordos los corderos y los vinos entonces se emollecen, entonces el sueño es dulce y en las montañas la sombra espesa. Que la campesina mocedad se te una a ti para adorar a Ceres, en cuyo honor exprime los panales de miel en leche y vino dulce y por tres veces que la víctima propicia vaya en procesión alrededor de las mieses nuevas, que la acompañen con regocijo la gente y el coro entero y con gritos llamen a Ceres a sus casas y que nadie meta la hoz en las espigas sazonadas, antes de que, en honor de Ceres, ceñida la frente con corona de encina, dance en desordenados movimientos y pronuncie los himnos de ritual.

Y para que pudiésemos aprender todo esto con señales ciertas, los calores y las lluvias y los vientos que acarrean fríos, el mismo Júpiter ha dispuesto qué signo daría la Luna cada mes, bajo qué señal se apaciguasen los Austros, qué indicio, muchas veces observado, haría a los labradores tener cabe sus cabañas los ganados.

Al punto, al levantarse los vientos, o empiezan, agitadas, las olas del mar a

hincharse y un ronco ruido llega de las cimas de los montes, o el choque de las olas en la orilla resuena a lo lejos y el murmullo de los bosques aumenta sin cesar. Ya las olas con dificultad se abstienen de las corvas naves, cuando los somormujos vuelven raudos volando del medio de la líquida llanura y desde el litoral se escuchan sus graznidos, y cuando las gaviotas marineras juegan en la arena y la garza abandona sus lagunas acostumbradas y emprende el vuelo sobre la elevada nube. Muchas veces también, cuando amenaza el viento, verás que las estrellas caen precipitadas desde el cielo y que, detrás de ellas, en las sombras de la noche, una larga cola de blancas llamas aparece; con frecuencia también observarás revolotear la ligera paja y formar remolinos las hojas al caer, o nadar las plumas jugando entre ellas a ras del agua. Pero cuando el rayo cae del lado del crudo Bóreas y truenan la morada del Euro y del Céfiro, nada todo el campo con las hondonadas llenas y en el mar todo marinero repliega sus velas húmedas.

La lluvia no perjudicó nunca a los hombres sin advertirlo o, cuando aquélla sobreviene, las grullas la huyen en los aires hacia los profundos valles, o levantando la cabeza al cielo la novilla aspiró las auras con sus anchas narices, o la golondrina voló en torno del estanque con chirriantes gritos y las ranas cantaron en los charcos sus antiguas quejas. Frecuentemente también, trillando la hormiga su sendero estrecho, sacó los huevos de su apartado abrigo, o el arco inmenso absorbió las aguas y al retirarse del pasto, en columna larga, el escuadrón de los cuervos graznó batiendo las alas fuertemente.

Ya las aves del mar, de variado plumaje, y las que en estanques de agua dulce escudriñan alrededor las praderas asiáticas del Caístro, esparcen a porfía en sus espaldas abundantes abluciones, a veces se les ve ofrecer a las olas su cabeza, correr otras hacia el agua y, sin parar, arder locamente en deseos de bañarse. Entonces también la importuna corneja llama a la lluvia a pleno grito y a solas recorre sosegada la seca arena. Y las doncellas, aun en la noche, hilando su tarea, no desconocieron la proximidad del mal tiempo, cuando veían chisporrotear el aceite en la encendida lámpara de arcilla y que sobre la pavesa se formaba un hongo blando.

Ni menos fácil te será, en medio todavía de la lluvia, adivinar los días de sol y un cielo sin nubes y conocerlos con señales ciertas. Porque entonces no aparece amortiguado el fulgor de las estrellas, ni la Luna se levanta,

deudora de los rayos del Sol, su hermano, ni nubes como finos vellones de lana son arrastradas por el cielo; los alciones amados de Tetis no extienden en el litoral sus alas al sol tibio, y los inmundos cerdos no sueñan en derramar con el hocico los manojos para soltarlos. Pero las nieblas se dirigen más hacia los hondos y sobre el campo se recuestan, y la lechuza, observando la puesta del sol desde elevada cima, ejecuta en vano sus cantos de la tarde. En las alturas de un aire transparente aparece Niso y por el cabello de púrpura es castigada Escila; por donde quiera que ella, huyendo, rasga con sus alas el ligero viento, he aquí a Niso, su enemigo encarnizado, que la persigue por los aires con estridente grito; por donde se levanta Niso hacia los aires, ella, huyendo apresurada, rompe con su vuelo el ligero éter.

Entonces los cuervos, apretando las gargantas, redoblan por tres y cuatro veces sus graznidos claros y, muchas veces, en sus moradas altas, alegres, con no sé qué dulzura desacostumbrada, hacen ruido entre ellos en las hojas y se recrean, pasadas ya las lluvias, en volver a ver sus tiernos hijos y sus dulces nidos. No obran así, al menos yo lo creo, porque tengan una inteligencia comunicada por los dioses, o por el destino una previsión más penetrante de las cosas, sino que, cuando el estado del cielo y la humedad inestable de la atmósfera se han modificado y Júpiter, mojado por los Austros, espesa lo que hace poco era líquido y aclara lo que era denso, se cambian las disposiciones del alma y los pechos sienten ahora unas emociones, diferentes de aquéllas que sentían al tiempo en que el viento empujaba las nubes; de aquí el concierto de las aves en los campos y la alegría del rebaño y el graznido de triunfo de los cuervos.

Pero si observares atentamente el presuroso Sol y las fases regulares de la Luna, jamás te engañará el tiempo del mañana, ni te dejarás sorprender por las insidias de una noche serena.

Tan pronto como la Luna recoge sus fuegos renacientes, si el aire obscuro que rodea sus cuernos obscureciese el astro, una lluvia abundante vendrá sobre labradores y sobre el mar; pero si sacase al rostro el rubor de virgen, habrá viento, que el viento enrojece siempre la dorada Febe. Mas si al cuarto día de la luna nueva, pues éste es el signo más seguro, recorre clara el cielo y con afilados cuernos, el siguiente día, todo entero, y los que después de él sigan hasta acabar el mes, carecerán de lluvia y vientos, y los marineros que se han salvado cumplirán sobre la orilla los votos ofrecidos a Glauco, a Panopea y a Melicertes, hijo de Ino.

El Sol también, al levantarse y cuando se oculte en las olas, dará señales; pronósticos seguros siguen al Sol, que los produce al amanecer y al aparecer en la tarde las estrellas. Cuando al nacer aquél con manchas salpicase su salida y, escondido debajo de la nube, ocultase el centro de su disco, no dudes de la lluvia, porque de alta mar amenaza el Noto, siniestro para los árboles y el campo y los ganados. O si, al aparecer el astro, los rayos se expanden divergentes entre espesas nubes, o bien la Aurora se levanta pálida dejando el azafranado lecho de Titón, ¡ay! con dificultad entonces el pámpano defenderá los racimos ya maduros; ¡tan abundante es el hórrido granizo que rebota crepitando en los tejados!

También convendrá tener presente mucho más esto, cuando ya el Sol se retira del cielo, después de recorrerlo, pues con frecuencia vemos que colores diversos vagan por su cara: el azul-oscuro anuncia la lluvia, el rojo al Euro. Pero si su brillante fuego se comienza a mezclar de manchas, entonces verás a la naturaleza entera agitarse por el viento y por las nubes de agua; no habrá quien en noche tal me decida a arriesgarme en alta mar y a desatar de tierra la maroma. Por el contrario, si, cuando conduce el Sol al día y cuando lo oculta ya llevado, su disco es luminoso, te espantarán en vano las densas nubes y verás en vano la selva agitarse al soplo del Aquilón que aclara el cielo.

Finalmente, qué traiga consigo la tarde en su final, de dónde empuje el viento las nubes claras, en qué piense el húmedo Austro, el Sol sobre ello te dará señales. Al Sol, ¿quién se atrevería a llamarlo mentiroso? En verdad es él quien con frecuencia nos advierte los ocultos tumultos que amenazan y que el engaño y las guerras fermentan en secreto. Él es también quien, extinguido César, se compadeció de Roma, cubriendo su brillante cabeza de obscura herrumbre y provocando el temor de una noche eterna a una generación impía. Aunque en aquel tiempo la tierra y las llanuras del mar y las perras de mal augurio y las siniestras aves daban también pronósticos.

¡Cuántas veces contemplamos al Etna rebosante de fuego y humo, abiertas sus hornazas, desbordarse hirviente sobre los campos de los Cíclopes y rodar globos de fuego y rocas derretidas!. La Germania escuchó por todo el ámbito del cielo el ruido de las armas; con sacudidas nunca vistas los Alpes temblaron. Una poderosa voz se dejó también oír por todas partes en el silencio de los bosques y fantasmas de palidez extraña se vieron al acercarse las tinieblas de la noche y, ¡prodigio

indecible!, hablaron las bestias. La corriente de los ríos se detiene y la tierra se abre en diferentes sitios y el marfil llora en los templos afligido, y los bronces se cubren de sudor. El Erídano, rey de los ríos, arrastra selvas que remueve en furioso torbellino, y a través de toda la llanura arrastró establos y ganados. En la misma época las fibras no cesaron de aparecer amenazadoras en las vísceras de siniestro presagio, ni de manar sangre los pozos, ni las ciudades, edificadas sobre alturas, de resonar durante la noche con el aullido de los lobos. Jamás se vieron caer en mayor número los rayos por un cielo despejado, ni tan frecuentemente brillaron los cometas funestos.

Por eso los campos de Filipos contemplaron por segunda vez el choque mutuo de los ejércitos romanos con iguales armas y pareció justo a los dioses empapar dos veces con sangre nuestra la Ematia y las vastas llanuras del Hemo. Sin duda llegará un tiempo en que el labrador, trabajando sobre aquellos campos la tierra con el corvo arado, hallará las armas carcomidas por la herrumbre áspera, o con los pesados rastros golpeará cascos vacíos y contemplará, admirado, sobre las abiertas tumbas gigantescas osamentas.

¡Dioses Indígetes de la patria y, tú, Rómulo, y tú, Madre Vesta, que cuidas del etrusco Tíber y del Palatino romano, no impedáis, al menos, que este joven venga en socorro de un mundo arruinado! Desde hace demasiado tiempo purgamos con nuestra sangre el perjurio de Laomedonte, rey de Troya; tiempo hace que la morada regia de los Cielos, oh César, te nos envidia aquí y se lamenta de que procures los triunfos concedidos por los hombres; es que entre ellos se ha trastocado la ley divina de lo justo y de lo injusto; tantas guerras hay por todo el mundo, formas tan variadas presenta el crimen; no hay para el arado honor alguno digno, arrancados los colonos de los campos, presentan éstos un aspecto desolado y las curvas hoces se funden para espadas rígidas.

Por una parte provoca el Éufrates la guerra, por otra la Germania; las ciudades próximas, rompiendo sus propias treguas, levantan las armas; el impío Marte se enfurece por la tierra entera: a la manera que, cuando las cuadrigas se lanzaron fuera de las barreras, se entregan al campo y, tirando inútilmente de la brida, es arrastrado por los caballos el auriga y el

carro no obedece ya a las riendas.

Libro II

Hasta aquí, del cultivo de los campos y de las constelaciones del cielo; ahora a ti te cantaré, oh Baco, y contigo también, los brotes tiernos de los bosques y el retoño del olivo, que crece lentamente. Ven aquí, tú, oh padre Leneo (que en este libro todo está lleno de tus dones, en tu honor, cargado de pámpanos de otoño, florece el huerto, la vendimia espuma hasta los bordes las rebosantes cubas), aquí ven, padre Leneo, y, descalzándote los coturnos, tíñete conmigo del nuevo mosto las desnudas piernas.

Primeramente, los medios naturales para la reproducción de los árboles son diversos, pues unos, sin ser forzados por los hombres, ellos mismos espontáneamente crecen y cubren por doquier los campos y las riberas tortuosas de los ríos, como la cimbreante mimbre, las flexibles retamas, el álamo y los sauces grisáceos de follaje verde.

Otros, sin embargo, nacen de simiente desprendida, como los elevados castaños y la carrasca, que en honor de Júpiter se cubre, la que más del bosque, de verde hoja, y la encina consultada por los griegos como oráculo. De las raíces de otros pulula espeso bosque de retoños, como los cerezos y los olmos; también el laurel del Parnaso se levanta de pequeño bajo la sombra inmensa de su madre. Éstos fueron los procedimientos que la naturaleza dio al principio; merced a ellos verdece todo linaje de árboles silvestres y los que producen fruto y los sagrados bosques.

Existen otros (medios) que la experiencia misma ha descubierto en su progreso. Éste, arrancando del cuerpo tierno de las madres las plantas, las depositó en las hoyas alineadas; el otro entierra los retoños en el campo, después de haberlos tallado en forma de estaca hendida cuatro veces, o de rodrigón de afilada punta.

Otros árboles desean sus mugrones curvados en forma de arco y sus planteles vivos enterrados en su propia tierra; otros no precisan de raíz y el podador no duda en devolver a la tierra las ramas de la copa.

Aún más, lo que es maravilloso, cortado un tronco, saca raíz el olivo del

leño seco y con frecuencia vemos convertirse, sin daño para el árbol, las ramas de uno en las ramas de otro y, transformado el peral, producir manzanas debidas al injerto y la endrina de pétreo hueso enrojecer en los ciruelos.

Por lo cual, ea, labradores, aprended las formas convenientes de cultivo, según las especies, y haced agradables los frutos silvestres, cultivándolos, y no dejéis las tierras inactivas; agrada plantar la viña sobre el monte Ismaro y vestir de olivos el Taburno extenso. Y tú, Mecenas, gloria mía y con razón la parte más grande de mi fama, asísteme y recorre, junto conmigo, la tarea comenzada y boga desplegando velas sobre un mar sin obstáculos. No sueño en encerrar todas las cosas en mis versos, no, aunque yo tuviera cien lenguas, bocas ciento y una voz de hierro. Favoréceme y explora la orilla del litoral vecino; la tierra está a la mano; no te detendré aquí con versos de fingido argumento, en rodeos y exordios largos.

Los árboles que se levantan por su propio natural a los confines de la luz no producen ciertamente frutos, pero crecen espesos y robustos, porque la fuerza de la naturaleza les alimenta el suelo. Con todo, si alguien también los injertase o transplantándolos los confiara a hoyas bien dispuestas, se despojarían al punto de su natural silvestre y a fuerza de atenciones se adaptarían sin tardanza a todos los procedimientos imaginables de cultivo.

También el árbol que sale estéril de lo más bajo de las raíces podría hacer lo mismo, con tal de que se le transplante por un campo espacioso; ahora, el elevado follaje y las ramas de su madre lo cubren con la sombra y le arrebatan, mientras crece, el fruto y lo abrasan cuando intenta producirlo.

Por último, el árbol que ha nacido de arrojada semilla crece lentamente y no ha de hacer sombra sino a tardíos nietos; los frutos degeneran, perdiendo sus primitivos jugos, y la viña lleva racimos desmenguados, pasto de las aves.

Es natural que a todos los árboles se les ha de aplicar un trabajo sin descanso, todos han de ser transplantados en hoyas bien dispuestas y, a fuerza de atenciones, domeñados. Pero se advierte que el olivo responde mejor, plantado de una cepa; la viña, de un mugarón; de gruesa estaca el mirto de Pafos. De plantas nacen los duros avellanos, así como el gigantesco fresno, el árbol cuyo follaje umbroso proporcionó a Hércules su corona, y la encina de Júpiter Caonio, y de la misma forma nace la alta

palma y el abeto, destinado a ver los peligros del mar.

En cambio el áspero madroño es injertado en yema de nogal y los estériles plátanos produjeron manzanos poderosos, castaños las hayas y el quejigo encaneció con la blanca flor del peral y los cerdos cascaron la bellota debajo de los olmos.

Ya se trate de injertos o de escudo, no es única la técnica. Pues por aquella parte por donde las yemas brotan en medio de la corteza y rompen sus delgadas túnicas, en el mismo nudo se hace una estrecha muesca y en ella se prende un pimpollo de árbol extraño y se le enseña a desarrollarse en el líber húmedo. O por el contrario, se cortan trozos lisos y se abre con las cuñas en lo macizo abertura profunda, donde se meten púas de árbol fértil; no pasa mucho tiempo sin que el árbol se dirija gigantesco al cielo con ramas fértiles, admirado de su fronda nueva y de sus extraños frutos.

Además no es única la especie, ni para los robustos olmos ni para el sauce y el loto, ni para los cipreses del monte Ida; ni el graso olivo nace presentando un mismo aspecto, y así hay la oliva orcaades, las alargadas y la pausia, de amarga baya; lo mismo ocurre con las frutas y vergeles de Alcínoo, ni a los mismos brotes pertenecen las peras de Crustumium o de Siria, ni las gruesas verdinales. La vendimia que cuelga de nuestros árboles no es la misma que cosecha Lesbos del sarmiento de Metimna. Hay vides de Tassos, las hay de blancos racimos del lago Mareótide, propias éstas para tierras fuertes y para un suelo más flojo aquéllas; existe también la psitia, apropiada para vino dulce, y la fina lágeos, que algún día atacará los pies y se trabará la lengua; las de color de púrpura y las tempranas y tú, rética, que no sé en qué forma cantarte, mas no por eso rivalices con las bodegas de Falerno. Faltan todavía las cepas amíneas, de vino de mucho cuerpo, en cuyo honor se levanta el Tmolo y el mismo Faneo, rey de los viñedos; mas ninguna como la pequeña argitis, con quien no se podría competir ni en cantidad de vino ni en tan larga duración.

No sabría yo pasarte en silencio a ti, rodia, tan bien recibida por los dioses en las segundas mesas, ni a ti, bumaste, de abultados racimos. Pero ni contar podría la variedad de especies, ni cuáles son sus nombres, y de hecho a nada conduciría calcularlas. Quien pretendiera saberlo, saber también querría los granos de arena que en las playas del mar de Libia revuelve el Céfiro, o conocer el número de olas que llegan al litoral jónico, cuando azota el Euro con más violencia sobre los navíos.

Además, no todas las tierras pueden producir todas las especies. En las orillas de los ríos nacen los sauces; los alisos en las ciénagas espesas; sobre las rocosas montañas los estériles quejigos; las riberas se gozan con plantaciones de mirtos; finalmente Baco ama las colinas y los tejos el Aquilón y los fríos. Considera también el mundo sujeto a los cultivadores que habitan sus extremas lindes, aquí las moradas de los árabes, que miran a la Aurora, allá los pintados gelonos: cada árbol tiene su patria. Sólo la India produce el negro ébano, los sabeos, solos, tienen la rama que da incienso. ¿Para qué recordarte el bálsamo destilado de olorosa madera y las bayas de la acacia, que nunca se marchita?. ¿Para qué los bosques de Etiopía, que blanquean de suave lana, y cómo los chinos arrancan con peines de las hojas los finos copos?. ¿O las selvas que cría la India cerca del río-Océano, golfo postrero del universo, donde saeta alguna pudo alcanzar con su vuelo el aire que rodea la elevada copa? Sin embargo aquella gente es muy diestra, una vez que ha tomado el carcaj.

La Media produce los jugos ácidos y el sabor persistente del saludable limón, en comparación del cual ningún remedio hay más enérgico ni expele mejor de los miembros el negro veneno, cuando las crueles madrastras emponzoñaron las bebidas, mezclando hierbas y maléficos conjuros. El árbol mismo es muy grande y por su aspecto parecido al laurel en todo y, si no despidiese a lo lejos un olor muy diferente, laurel sería; las hojas resisten el embate de todos los vientos, la flora es la más tenaz de todas; los medos se sirven de él para sus bocas y alientos fétidos y curan el asma de los viejos.

Pero ni la tierra de los medos, tan rica en bosques, ni el hermoso Ganges, ni el Hermo de aguas turbias por el oro, podrían competir en alabanzas con Italia, ni tampoco Bactra, ni los indos, ni la Pancaya toda entera, cubierta de turíferas arenas.

Esta tierra no la labraron toros que resoplaban por sus narices fuego, recibiendo como semilla los dientes de un horrible dragón, ni se erizó con mieses de cascos y pesadas lanzas de guerreros, sino que se llenó toda ella de espigas gruesas y del licor de Baco, del monte Másico; la cubren los olivos y los espléndidos rebaños.

De un lado el corcel guerrero, con la cabeza en alto, se lanza a la llanura; de otro, oh Clitumno, tus blancos rebaños y el toro, víctima grande, bañados muchas veces en tus sagradas aguas, han llevado a los templos

de los dioses los triunfos romanos. Aquí reina una primavera eterna y el verano existe en los meses a él ajenos; dos veces al año hay crías nuevas y dos veces los árboles dan fruto. Y sin embargo, están ausentes los furiosos tigres y la raza cruel de los leones y el acónito no engaña a los desgraciados que lo cogen; ni la escamosa sierpe arrastra sobre el suelo sus inmensas roscas, ni se contrae en espiral en tan prolongado espacio. Añade tantas ilustres ciudades y las obras públicas conseguidas con gran trabajo, tantas plazas fuertes construidas por mano de hombre sobre abruptas rocas y los ríos que corren al pie de antiguas murallas. ¿Sería preciso recordar al mar que baña nuestro país al norte y al que lo baña al sur? ¿O acaso los grandes lagos? ¿O a ti, Larius, el mayor de todos, y a ti, Bénaco, que te levantas con olas y bramido como un mar?. ¿Recordaría yo los puertos, el dique añadido al lago Lucrino y el mar enojado con formidable estruendo allí donde la onda Julia, rechazado el mar, resuena a lo lejos y donde el oleaje del Tirreno penetra hasta las aguas del Averno?.

Esta misma tierra nos mostró en sus venas arroyos de plata y minas de cobre y de ella fluyó abundante el oro. Ella fue la que ha sacado a la luz una raza robusta de hombres, los marsos y la juventud sabélica, y el ligur, acostumbrado a la fatiga, y los volscos, armados de dardo corto; ella, los Decios, Marios y los grandes Camilos, los Escipiones, endurecidos por la guerra, y a ti, César, el más grande de todos, que, vencedor ya en los confines extremos del Asia, arrojas ahora de las fortalezas de Roma al indio acobardado. Salve, oh tierra de Saturno, gran nutridora de mieses, fecunda engendradora de héroes; en tu honor emprendo asuntos de alabanza y arte antiguos y, osando abrir las sagradas fuentes, canto el poema de Ascra a través de las ciudades romanas.

Ahora es la ocasión de hablar sobre los caracteres de los terrenos: cuál es la virtud de cada uno, cuál el color y qué naturaleza tienen en orden a los diversos frutos. Primeramente las tierras ingratas y los collados estériles, donde abundan la delgada arcilla y los guijarros sobre campos de maleza, producen fácilmente un bosque de olivos duraderos, a Palas consagrados. La prueba es que en la misma región crece abundante el acebuché y el campo está cubierto de silvestres bayas. Pero el suelo que es fuerte y empapado de suave humor, y el campo de hierbas cubierto y de gran fertilidad, cual es el que solemos contemplar muchas veces en el hondo de un valle excavado en la montaña (donde se deslizan los ríos desde las elevadas rocas arrastrando fecundante limo), y lo mismo el suelo que se levanta orientado al Austro y cría el helecho, odiado por el corvo arado,

éste tal será el que un día te proporcionará robustas vides, que manarán abundante vino, éste es en uvas fértil, fértil en vino, cual es el que libamos en páteras de oro, cuando el grueso Tirreno ha soplado en su flauta de marfil junto a las aras y ofrendamos las entrañas humeantes sobre platos que se encorvan bajo el peso.

Pero si, por el contrario, te lleva el deseo más a criar ganado mayor y los becerros, o bien recentales de ovejas o las cabras, que agostan los sembrados, busca los sotos y las regiones apartadas de la fértil Tarento y un campo igual al que arrebataron a mi infortunada Mantua, que cría en su río, rico en hierbas, cisnes blancos como la nieve; no faltarán a tus rebaños ni las cristalinas fuentes ni los pastos, y cuanto pazcan los ganados en los largos días, tanto el fresco rocío devolverá durante la breve noche.

En general la tierra renegrida y la que aparece gruesa bajo la reja hundida y cuyo suelo es suelto (pues al labrar esto es lo que queremos conseguir) es muy buena para trigo; no hay campo alguno del que puedas contemplar mayor número de carros que llevar a casa, tirados por bueyes de contenido andar; o también aquélla de la que el labrador airado arrancó una selva de maleza, abatió el bosque estéril durante muchos años y desenterró desde sus raíces profundas las antiguas manidas de las aves; abandonando sus nidos, emprendieron aquéllas el vuelo a las alturas, pero el campo, hasta ahora inculto, brilló bajo la oprimida reja.

En cuanto a la estéril glera de un costanero campo, apenas si es cierto que proporciona a las abejas el romero y las humildes casias; la escabrosa toba y la greda, roída por reptiles negros, atestiguan que no hay tierra alguna como ellas para dar a las serpientes agradable mantenimiento y ofrecerles tortuosos escondrijos.

La tierra que exhala ligera niebla y flotantes vapores y embebe la humedad y, cuando quiere, la despide ella misma dé su seno, y la que se viste siempre con el césped naturalmente verde y no ataca a la reja con orín ni herrumbre ácida, esta tierra te entrelazará las lozanas vides a los olmos, ésta es fértil en aceite; tú la hallarás, cultivándola, apta para el ganado menor y que aguanta la corva reja. Tal es la que labra la rica Capua y la región que linda con el monte Vesubio y la del río Clanio, tan funesto para la desierta Acerras.

Ahora te diré con qué señales podrás reconocer cada una de estas tierras.

Si tú quieres saber si es endeble, o de una densidad poco ordinaria, puesto que una es favorable al trigo, la otra a Baco, la más densa a Ceres, la más floja al Liberador, elegirás ante todo, a simple vista, un lugar donde mandarás excavar profunda fosa en terreno firme y la llenarás de nuevo con toda la tierra, allanando con los pies las someras arenas. Si menguaran éstas, es que el suelo es flojo, pero conveniente para ganado menor y las nutricias vides; mas si, por el contrario, se resiste la tierra a llenar su hueco y rebosa, después de cubierto el hoyo, el suelo es denso: espera de él terrones macizos y gruesos lomos y rompe la tierra con novillos vigorosos.

Por otra parte, la tierra salitrosa y que tradicionalmente se denomina amarga (en ella no se producen frutos, ni se suaviza arándola, ni conserva a Baco sus nativas cualidades, ni a las frutas su renombre), ofrecerá la siguiente prueba: descuelga de los ahumados techos cestos de espesa mimbre y coladeras de lagares; en ellos echa un poco de aquella salada tierra y apriétala hasta el borde, vertiendo agua dulce de las fuentes; en efecto, saldrá con fuerza toda el agua y por entre las mimbres se filtrarán gruesas gotas, pero el gusto te dará clara señal y el amargor torcerá con mueca triste las bocas de los catadores.

Igualmente la tierra que es fuerte la conocemos de esta manera: por más que se la haga pasar de una mano a otra, jamás se desmenuza, sino que al modo de la pez, se adhiere a los dedos de quien la tiene.

La que es húmeda cría las hierbas demasiado altas y de por sí es fecunda en demasía. ¡Ah!, ¡que no sea ella demasiado fértil, ni se muestre en exceso vigorosa a las primeras espigas!

La que es pesada, sin otra señal que su propio peso, se revela, y lo mismo la que es floja. Es fácil distinguir a simple vista la que es negra y el color que tiene cada una. Pero reconocer el dañoso frío eso es lo difícil; tan sólo los pinos y, a veces, los tejos venenosos o la hiedra negra descubren sus señales.

Con estas advertencias, acuérdate de hacer cocer la tierra, de deshacer, formando hoyas, las grandes montañas de terrones y de ofrecer al Aquilón las glebas volteadas, antes de que plantes la casta productiva de la vid. Los mejores campos son los de mullida tierra; a ello contribuyen los vientos, las heladas escarchas y también el robusto cavador, que remueve las yugadas labrantías.

Mas, en previsión, los labradores a quienes no escapa vigilancia alguna buscan un sitio donde se disponga a los árboles de un vivero, semejante en todo al que luego deben ser transplantados en hileras, con el fin de que las plantas reconozcan rápidamente el cambio de su madre. Además, señalan también en la corteza la orientación del cielo, para que cada planta tenga al transplantarla su primitiva posición, reciba los calores del mediodía por el mismo sitio y vuelva al polo norte, idéntica, la espalda; ¡tan grande es la fuerza de la costumbre cogida en la edad más tierna!

Indaga, lo primero, si es mejor plantar la viña sobre cuevas o en el llano. Si asignas a la vid un campo de tierra gruesa, planta espeso; si las cepas crecen apretadas, Baco es pródigo en racimos; mas, si se trata de un suelo recostado en tesos, o de cuevas empinadas, espacia las hileras; no obstante, cada senda, dispuestas las plantas cuidadosamente, forme un ángulo recto al cortar las líneas. Así acontece muchas veces, cuando en medio de descomunal guerra, la legión, en columna larga, despliega sus cohortes y se detiene en marcha sobre una llanura descubierta; el ejército en orden de batalla forma línea recta y la tierra entera por doquier ondula refulgente con el bronce, aún no se traba la batalla horrenda, sino que Marte vaga dudoso en medio de los dos ejércitos. La distancia toda de las calles esté en relación constante, no sólo para que la perspectiva recree simplemente el ánimo, sino porque en caso contrario la tierra no distribuirá a cada planta igual cantidad de fuerzas, ni las ramas podrán extenderse al aire libre.

Tal vez quieras saber la profundidad que conviene a las hoyas. Yo, por mi parte, me atrevería a confiar la cepa a un surco incluso poco hondo; el árbol se planta más profunda y enteramente en tierra, sobre todo la encina, que, cuanto su copa se extiende a la región del éter, tanto la raíz se dirige hacia el Tártaro. Así pues, ni las tormentas, ni el embate de los vientos, ni las lluvias la descuajan; ella permanece imperturbable y ve pasar en su duración abundante descendencia y largas generaciones de hombres; extendiendo entonces a lo lejos por un lado y otro sus robustas ramas y sus vigorosos brazos, sostiene a su alrededor el tronco poderosa sombra.

Tus viñedos no estén orientados hacia el sol poniente; no plantes avellanos entre las cepas, ni elijas los pámpanos más altos, ni tales las ramas de la copa del árbol (¡tan grande es el apego de la viña por la tierra!); evita el cortar las ramas jóvenes con embotado hierro y no plantes

en medio de las calles los troncos salvajes del acebuche: pues, frecuentemente, descuidados los pastores, dejaron escapar el fuego, que, escondido al principio secretamente bajo la oleaginosa corteza, se apodera del tronco y, corriéndose hacia el elevado follaje, produjo en el cielo imponente estallido; después, prosiguiendo su curso, reina triunfante sobre las ramas y la elevada cima y envuelve la plantación entera con las llamas y, denso de oleoso humo, empuja al cielo una nube negra, sobre todo si la tempestad se abatió desde la altura sobre las selvas y el viento precipitándose arrecia los incendios. Después que ha tenido lugar esto, las cepas han perdido su vigor desde su tronco, ni, cortadas, pueden brotar de nuevo, ni por tanto reverdecer como antaño con la tierra que cubre sus raíces; el acebuche estéril las sobrevive con su follaje amargo. Ni autor alguno tan avisado te persuada a remover la tierra endurecida por el soplo del Bóreas. El invierno aprisiona entonces los campos con el hielo, ni permite que, plantado el renuevo, se agarre al suelo la rígida raíz. La ocasión mejor para plantar la viña es cuando con la rosada primavera viene el ave de plumaje blanco, odiada por las largas culebras, o a los primeros fríos del otoño, cuando el sol devastador todavía no alcanza con sus caballos al invierno, pero el verano ya ha pasado.

La primavera es cabalmente la que da a las selvas y a los bosques su follaje; en la primavera se esponjan las tierras y reclaman las semillas reproductoras. Entonces el Padre Omnipotente, el Éter, desciende en forma de lluvias fecundantes al seno de su regocijada esposa y, unido a este vasto cuerpo, hace crecer poderosamente todos los gérmenes. Entonces resuenan con los cantos de las aves las apartadas florestas y el ganado reclama a Venus en fechas fijas; la nutricia tierra está brotando y al soplo tibio del Céfito abren los campos sus entrañas; una tierna savia sobreabunda por doquier; los gérmenes se atreven a confiarse seguros a los rayos de un sol nuevo, ni teme el pámpano la llegada de los Austros, ni la lluvia traída del cielo en alas de furiosos Aquilones, sino que hace brotar sus yemas y despliega todas sus hojas. Persuadido estoy de que en el origen remoto de la formación del mundo no brillaron días diferentes, ni tuvieron distinto aspecto: aquello era primavera, la primavera que gozaba el universo entero, y los Euros refrenaban sus invernales soplos, cuando los animales, por vez primera, bebieron a raudales la luz y la estirpe terrena de los hombres sacó la cabeza de los campos, todavía duros, y las fieras fueron lanzadas a las selvas y al cielo las estrellas. Seres tan delicados no podrían soportar pruebas tales, si una paz tan duradera no se extendiese entre el frío y el calor y la dulzura del clima no acogiera a las

tierras.

Además de esto, cualquier retoño que por el campo plantes, rocíalo con cieno graso y acuérdate de taparlo con capa espesa de tierra, o bien cubre la hoya con piedra pómez, o con escamosas conchas; las aguas se colarán así por los intersticios y un suave vapor penetrará hasta dentro y las plantas cobrarán vigor. También se han encontrado quienes sobre la tierra amontonaron piedras y el peso de una gran teja, defensa ésta contra las lluvias torrenciales y cuando la Canícula estival agrieta los campos relajados por la sequía.

Una vez puestas las plantas, sólo queda amontonar una y otra vez la tierra hasta los pies y manejar la dura azada de dos dientes, o bien remover el suelo hundiendo la reja y llevar de una parte a otra en medio de las cepas los novillos, que se resisten; luego, preparar las cañas lisas y las varas derechas y peladas, las estacas de fresno y las resistentes horcas, para que en su fortaleza se acostumbren los plantones a apoyarse y a desafiar los vientos y a trepar de piso en piso hasta la copa de los olmos.

Y mientras la tierna edad va desarrollándose con follaje nuevo, hay que respetar los brotes tiernos; y cuando el sarmiento se dirige lozano al aire, a rienda suelta lanzado en el libre espacio, no se puede todavía probar en la vid el filo de la hoz, sino que basta con arrancar las hojas con las manos huecas y aclararlas a intervalos.

Después, cuando ya la viña haya tomado impulso, abrazada a los olmos con sus potentes ramas, pela entonces su fronda, entonces sus brazos talla; antes, teme la vid al hierro; ahora por fin ejerce sin compasión tu imperio y refrena las ramas más salientes.

También hay que tejer setos y tener encerrado todo el ganado, sobre todo cuando el follaje es tierno e imprevisor de los riesgos, pues, además de los duros temporales y los ardientes soles, los búfalos salvajes y las testarudas cabras continuamente lo ultrajan y lo convierten en su pasto las ovejas y las ávidas novillas. Los fríos cuajados en blanca escarcha, o el estío, que se desploma pesado sobre los peñascos secos, no le perjudicaron tanto cuanto los rebaños aquellos y el veneno de su duro diente y la cicatriz marcada sobre el mordido tronco.

No por otro delito el cabrón es inmolado a Baco en todos los altares y los tradicionales juegos se representan en la escena y los hijos de Teseo

establecieron premios a los hombres de talento, recorriendo aldeas y comarcas y, alegres mientras beben, saltaron en los floridos prados sobre los grasientos odres.

Y también los campesinos de la Ausonia, pueblo venido de Troya, se divierten con toscos versos y largas carcajadas y se ponen grotescas máscaras de cortezas huecas y a ti, Baco, te invocan con festivas canciones y en tu honor cuelgan de un elevado pino blandas figurillas. Desde entonces el viñedo entero se cubre de abundantes frutos, llénanse los valles cóncavos y los sotos hondos y por dondequiera que el dios paseó su cabeza coronada. Así pues, con arreglo al rito, celebraremos el honor debido a Baco con canciones patrias y le llevaremos platos de ofrendas y pasteles, y, traído del cuerno el cabrón destinado al sacrificio, estará de pie ante el altar y tostaremos sus grasas entrañas en asadores de avellano.

Todavía queda aquel otro trabajo destinado al cuidado de las vides y que nunca se termina: pues todo el suelo hay que roturarlo tres y cuatro veces cada año y destripar los terrones sin cesar con la azada vuelta y limpiar de follaje el viñedo entero. Las labores hechas retornan siguiendo un ciclo para los labradores y el año vuelve a su comienzo sobre sus mismos pasos. Y así, en el tiempo en que de la viña han caído las tardías hojas y el frío Aquilón ha despojado a las selvas su hermosura, entonces ya el infatigable viñador dispone sus cuidados para el año venidero y con la hoz curvada de Saturno la emprende con lo que queda de la viña, la excava, le da forma y la poda. Sé tú el primero en cavar el suelo, el primero en quemar los sarmientos amontonados fuera y el primero en poner al abrigo las estacas; pero vendimia el último. Dos veces la sombra de las hojas cubre las viñas, dos veces las hierbas alfombran la plantación con sus espesas breñas; uno y otro trabajo son penosos. Alaba los extensos campos, pero cultiva uno pequeño.

Además de esto, se cortan en el bosque las espinosas ramas del acebo y en la orilla de los ríos la caña, y el sauce, que crece sin cultivo, también exige sus cuidados. Ya están atadas las vides, ya la plantación ofrece el descanso a la podadera, ya el viñador canta el fin de sus trabajos, concluidas sus hileras, y, sin embargo, la tierra hay que atenderla de continuo y desterronar los tormos y temer a Júpiter, cuando las uvas están ya maduras.

Por el contrario, el olivo no exige cultivo alguno, ni echa de menos la corva

podadera ni los tenaces rastrillos, si logró por fin adherirse al suelo y soportar los vientos. La tierra misma presta a las plantas, cuando se la abre con la corva azada, abundante jugo y, si se rotura con la reja, copiosos frutos. Así pues, cultiva tú el graso olivo, agradable a la Paz.

Del mismo modo, los árboles frutales, tan pronto como sintieron sus robustos troncos y en posesión de sus propias fuerzas, por natural impulso tienden rápidamente hacia los astros y no tienen necesidad de nuestra ayuda. Entonces también el bosque entero se carga con el nuevo fruto y las manidas de las aves, sin cultivo, colorean de sangrientas bayas, se pacen los cíttis; la elevada selva da las teas que alimentan las hogueras de la noche y derraman luz.

¿Y aún dudan los hombres plantar árboles y dispensarles su cuidado? ¿Para qué seguir con elevadas cosas? Los sauces y las pequeñas retamas proporcionan también ellos follaje al ganado, o sombra a los pastores, cerca a los sembrados y a la miel pasto. Además, gusta contemplar el monte Cítoro de bojes ondulante y los bosques de Naricia, que dan pez, agrada ver los campos libres de rastros y no expuestos a cuidado alguno de los hombres. Los mismos bosques estériles de la cima del Cáucaso, que los violentos Euros desmochan y barren sin cesar, producen cada uno sus productos, dan maderas útiles, pinos para navíos, cedro y cipreses para hacer las casas. De esos bosques tornearon los labradores radios para las ruedas, de éstos ruedas macizas para sus carros y colocaron encorvadas quillas en las naves. Los sauces abundan en varas cimbreantes, los olmos en hoja, mientras el mirto y el quejigo, propio para la guerra, dan los resistentes mangos de los dardos; los tejos se doblan para arcos de Iturea.

También es cierto que los delgados tilos o el boj, pulible por el torno, reciben nueva forma y se ahuecan con un hierro aguzado, y lo mismo el liviano álamo, arrojado al Po, flota sobre la torrencial corriente, y también las abejas esconden sus enjambres en las cortezas huecas y en el seno de la encina carcomida. Los dones de Baco, ¿qué beneficio, digno de ser igualmente celebrado, nos han proporcionado? Además Baco ha dado también motivos para el crimen; él fue el que sometió a la muerte a los Centauros enfurecidos, a Reto, y a Folo y a Hileo, que amenazaba con una enorme crátera a los lapitas.

¡Oh labradores, en extremo afortunados, si conociesen su ventura! Para ellos, de su mismo seno, derrama la tierra con entera justicia, lejos de las

opuestas armas, fácil mantenimiento. Si un elevado palacio de soberbias puertas no arroja por todas sus entradas la muchedumbre inmensa de los saludadores mañaneros, ni contemplan boquiabiertos las jambas incrustadas con bellas conchas de tortuga, las telas de oro recamadas y los bronces efíreos, ni la blanca lana se disfraza con el veneno asirio, ni corrompe la canela el aceite puro que utilizan, disfrutan, en cambio, de una paz libre de cuidados y de una vida que no sabe de engaños, rica de otros tesoros varios; gozan el descanso, al menos, en sus anchurosos campos, tienen grutas, lagos de agua clara, también frescos valles, mugidos de los bueyes y sueños dulces debajo de los árboles. Allí las selvas y guaridas de las fieras y una juventud al trabajo acostumbrada y con poco satisfecha, el culto de los dioses y la santidad de la familia; entre ellos recorrió sus postreros pasos la Justicia al abandonar la tierra. Pero a mí, primeramente, antes que nada, me reciban las dulces Musas, a mí, que, herido de un amor sin límites, llevo sus sagradas prendas, y me muestren ellas las constelaciones y el curso de los astros, los variados eclipses del Sol y los desfallecimientos de la Luna; cuál es la causa de los terremotos, qué fuerza hinche los abismos del mar, rotos sus diques, y hace que sobre sí mismos senos de nuevo se sosiegan; por qué los soles del invierno se apresuren tanto a bañarse en el Océano, o qué barrera se oponga a las noches tardas en llegar. Pero si mi sangre, corriendo fría alrededor de mi corazón, me impidiese poder acercarme a estos arcanos de la naturaleza, conténtenme al menos los campos y los arroyos que se desatan por los valles; ame yo sin gloria los ríos y las selvas. ¡Oh!, ¿en dónde las llanuras y el Esperqueo y el Taigeto, recorrido en sus orgías por las vírgenes laconias? ¡Oh!, ¿quién me detendría en los valles helados del Hemo y me cubriría con la sombra inmensa de sus ramas?.

¡Dichoso aquél que llegó a conocer las causas de las cosas y puso bajo sus pies los temores todos, la creencia en un destino inexorable y el estrepitoso ruido del Aqueronte avaro!. ¡Pero también dichoso el que supo de los dioses de los campos, y de Pan y del viejo Silvano y de las hermanas Ninfas!. A ese tal, ni las fasces concedidas por el pueblo, ni la púrpura de los reyes le hicieron doblegarse, ni la discordia que subleva a los hermanos sin fe; o el dacio, que descende desde el Istro conjurado, ni los negocios de Roma, ni los reinos destinados a perecer; ése no se dolió, compasivo, del pobre, ni envidió al que tiene. Los frutos que las ramas, los que los mismos campos, sin cultivo, generosos produjeron, no tuvo más que cogerlos; ni vio las leyes inflexibles, la locura del foro, ni los archivos del pueblo.

Turban otros con los remos los ciegos mares y se lanzan, hierro en mano; así penetran en las cortes y palacios de los reyes. Éste se dirige a destruir el Estado y los desgraciados hogares, para beber en vaso de una gema y dormir sobre la púrpura de Sarra; otro entierra sus riquezas y se acuesta cabe el oro soterrado; aquél queda atónito ante los Rostros, a éste otro el aplauso de la plebe y de los senadores, redoblado con afán por el graderío, lo ha dejado boquiabierto; se alegran los hermanos derramando sangre hermana y por el destierro truecan sus casas y sus dulces hogares buscando una patria situada bajo otro cielo.

El labrador abrió la tierra con el corvo arado; de aquí depende la labor del año, con él sustenta su terruño y sus tiernos hijos, con él la vacada y los serviciales novillos; y no hay descanso, mientras el año no superabunde en frutos o en crías de ganado o en gavillas de espigas a Ceres consagradas y cargue en abundancia los surcos la cosecha y hunda los graneros. El invierno ya ha llegado: se muele en los lagares la aceituna sicionia; los puercos vuelven hartos de bellota; la selva da madroños y el otoño deja caer sus variados frutos y allá arriba, en soleados peñascales, las tiernas uvas llegan a tempero. Mientras tanto los dulces hijos colgados al cuello disputan sus caricias, su casta casa es morada del pudor, las vacas cuelgan sus ubres cargadas de leche y sobre tupido césped los gordos cabritos luchan entre ellos con los cuernos enfrentados.

Él mismo solemniza los días de fiesta y, tendido sobre la hierba, donde se alza en medio el fuego y sus compañeros coronan la crátera, libando a ti, Leneo, te invoca y a los rabadanes del ganado les propone una competición de veloz flecha sobre un olmo y desnudan sus cuerpos endurecidos para una palestra campesina.

Esta vida practicaron en otro tiempo los antiguos sabinos; ésta, Remo y su hermano; así ciertamente se engrandeció la fuerte Etruria y Roma se convirtió en la maravilla del mundo y en única muralla abrazó siete colinas. Y aun muchos años antes de reinar el rey dicteo y antes de que una stirpe impía se alimentase de novillos sacrificados, Saturno, en la edad de oro, vivió en la tierra tal género de vida; todavía no habían oído entonces el sonido de la trompeta, ni crepitar todavía las espadas forjadas sobre los duros yunques.

Pero nosotros hemos recorrido una carrera de innumerables vueltas y ya es tiempo de desatar los cuellos espumeantes de nuestros corceles.

Libro III

A ti también, gran Palescantaremos, y a ti, memorable Pastor de las orillas del Anfriso, y a vosotros, selvas y ríos del Liceo. Los restantes temas que hubieran podido cautivar con la belleza de un poema las ociosas mentes son ya universalmente conocidos; ¿quién ignora al duro Euristeo o los altares del detestable Busiris?; ¿por quién no fue cantado el niño Hilas y la latonia Delos e Hipodamía y Pélope, reconocible por su hombro de marfil, enérgico para conducir corceles? Hay que intentar un camino por el que yo también pueda levantarme de la tierra y que mi nombre victorioso vuele de boca en boca de los hombres.

Yo seré el primero que, con tal de que me quede larga vida, al volver a mi patria, llevaré conmigo las Musas desde la cumbre Aonia; yo el primero que te traiga, oh Mantua, las palmas idumeas y sobre la llanura verde construiré un templo de mármol, junto a la corriente donde el caudaloso Mincio vaga en reposadas vueltas y teje sus riberas de tiernas cañas. En medio pondré yo a César, que ocupará el templo. En su honor, vencedor yo y atrayendo las miradas por la púrpura de Tiro, daré la señal junto a la orilla a cien carros cuadriyugos. La Grecia entera, abandonando el Alfeo y los bosques de Molorco, disputará ante mí el premio de la carrera y del cesto de piel cruda.

Yo en persona, adornada mi cabeza con hojas de recortado olivo, llevaré las ofrendas. Ya, ahora mismo, siento placer en conducir a los templos las solemnes procesiones y en contemplar los novillos sacrificados o en cómo cambia el decorado al girar los bastidores y cómo los britanos levantan el purpúreo telón, bordados sobre él.

Sobre las puertas del templo, en oro y marfil macizos, representaré la batalla de los gangáridas y las armas de Quirino victorioso, y en la otra hoja al Nilo de aguas agitadas por la guerra y de corriente poderosa, y las columnas levantadas con el bronce de las naves. Añadiré las ciudades del Asia sometidas y al Nifate rechazado y al parto, que confía en la huida y en las flechas que lanza por la espalda y los dos trofeos valientemente arrebatados a opuestos enemigos y el doble triunfo sobre pueblos de una

y otra orilla.

Se levantarán también mármoles de Paros, imágenes vivas, la estirpe de Asáraco y las glorias de la familia descendiente de Júpiter, el padre Tros y Apolo Cintio, fundador de Troya. La impotente Envidia temerá a las Furias, a las obscuras aguas del Cocito, a las serpientes enroscadas alrededor de Ixión y a la enorme rueda y al peñasco insuperable.

Mientras tanto, recorramos las selvas y los inexplorados bosques de las Dríades. Órdenes tuyas no fáciles, Mecenas. Sin tu ayuda nada grande concibe la inteligencia. Ea, pues, rompe demoras perezosas; con grandes gritos el Citerón nos llama y los perros del Taigeto y Epidauro, domadora de caballos, y la voz remuge redoblada con el eco de los bosques.

Más tarde, sin embargo, me dispondré a cantar las ardientes batallas de César y a llevar su nombre en alas de la fama, por tantos años cuantos dista César de Titón, descendiente primero de su raza.

Ya sea el que, anhelando los premios de la palma olímpica, alimenta caballos, ya el que novillos robustos para el arado, lo principal es elegir el cuerpo de las madres. La estampa mejor de la novilla es la que tiene mirada torva, desproporcionada cabeza, dilatada cerviz y cuya gorja cuelga desde el morro a las rodillas; además, un largo flanco sin proporción alguna, grande todo, lo mismo el pie, y las orejas, velludas bajo los cuernos retorcidos hacia adentro. Ni me desagradaría que sobre su piel se extendiesen pintas blancas, o que rehusase el yugo y que a veces arremeta con los cuernos y sea parecida por su aspecto al toro y la que toda erguida barre al andar sus huellas con el extremo de la cola. La edad que permite soportar a Lucina y los verdaderos himeneos acaba antes de los diez años y comienza después de los cuatro; otra edad ni es propia para la reproducción ni fuerte para el arado. Mientras tanto, cuando la pujante juventud perdura en los rebaños, da suelta a los machos, sé el primero en entregar a Venus tus ganados y, procreando, prepárate una generación de otra. La mejor edad para los míseros mortales huye siempre la primera; luego vienen las enfermedades y la triste vejez y el sufrimiento y nos arrebatan finalmente sin piedad la inflexible muerte. Siempre tendrás madres cuyos cuerpos prefieras renovar; reemplázalas, pues, sin perder tiempo y, para no lamentar después las pérdidas, disponte de antemano y elige todos los años la cría para tu rebaño.

La misma selección existe también para el ganado caballar. Tú, ya mismo,

a los que tengas destinados criar para la propagación de la especie, dedica tus cuidados principales desde sus tiernos años. El potro que es de sangre generosa entra siempre en los campos gallardeando y avanza sus brazos en flexión. Es el primero que se atreve a ponerse en marcha y a vadear amenazadores ríos y a confiarse a un puente desconocido y no le espantan los falsos ruidos. Su cuello es alto y la cabeza fina, el vientre corto y la grupa recia y los músculos se abultan en su animoso pecho.

Son hermosos los bayos y los tordos, los de color más feo los blancos y cenicientos. Además, en oyendo a lo lejos el ruido de las armas, no acierta a mantenerse quieto, empina las orejas y sus miembros se estremecen y relinchando resuella por las narices el fuego concentrado. La crin es espesa y, sacudida, descansa sobre el hombro derecho, mas una espina doble se extiende por los lomos y escarba la tierra el casco y produce un sonido fuerte con su macizo cuerno. Tal fue el Cílaro, domado por las riendas de Pólux Amicleo, y tales los caballos de Marte en pareja uncidos y el tiro del carro del gran Aquiles, que celebraron los poetas griegos. Tal apareció Saturno mismo, cuando, a la llegada de su esposa, rápido extendió su crin sobre su cuello equino y llenó, al huir, el alto Pellón de un relincho agudo.

A este mismo caballo, cuando, o pesado por la enfermedad, o ya demasiado torpe por los años, desfallece, retenlo en la cuadra y sé considerado con su vejez en modo alguno vergonzosa. Demasiado viejo es frío para Venus y prolonga en vano una tarea ingrata y, si en alguna ocasión llegó al asalto, como ocurre a veces a un violento fuego, que arde en la paja pero sin fuerzas, así también inútilmente se enfurece. Así pues, notarás ante todo sus energías y su edad; además las otras cualidades y la casta de sus padres y qué sentimiento se apodera del vencido y cuál sea la gloria del que triunfa. ¿Acaso no ves esto, cuando en veloz competición se lanzaron los carros a la pista y vuelan disparados desde las barreras, cuando la esperanza enardecida de los jóvenes y una acuciante zozobra devora sus corazones exaltados? Ellos los hostigan restallando el látigo e, inclinados adelante, les aflojan las riendas, vuela el eje saltando chispas con la fuerza; tan pronto aparecen pegados al suelo, tan pronto levantados, conducidos en alto por el vacío espacio y remontando los aires; no hay tregua ni descanso, sino que se levanta una nube de rojiza arena; se humedecen con las espumas y resuello de aquellos que les siguen; tan grande es el amor de la gloria, tanto les preocupa la victoria.

Erictonio osó el primero uncir a un carro cuatro caballos y, triunfante, rápido, mantenerse firme sobre las ruedas. Los lapitas peletronios, montados sobre el lomo, inventaron los frenos y las vueltas y enseñaron al jinete a brincar con el peso de las armas sobre el suelo y a galopar corveteando altivamente. Uno y otro ejercicio son iguales, por igual reclaman los domadores la juventud que el ardor de los ánimos y la rapidez de la carrera; aunque aquel otro haya puesto en fuga muchas veces a enemigos de vencida y se ufane como patria del Epiro y de la fuerte Micenas y haga remontar a Neptuno el origen mismo de su raza.

Aprovechando estas observaciones, están los ganaderos atentos al momento y ponen todos su cuidado en hinchar de fuerte lozanía el caballo que eligieron para jefe del rebaño y designaron como semental de la yeguada; le cortan hierbas florecientes y le sirven corrientes de aguas vivas y espelta, para que pueda vencer su dulce tarea y sus débiles hijos no acusen los ayunos de los padres.

En cuanto a las hembras, las enflaquecen y extenúan a voluntad y, cuando el placer ya conocido las reclama para comenzar los acoplamientos, niéganles follaje y las apartan de las fuentes; con frecuencia también las cansan con carreras y las fatigan al sol, cuando la era gime bajo el peso de las mieses machacadas y el naciente Céfiro hace aventar las ligeras pajas. Hacen esto para evitar que la excesiva gordura entorpezca demasiado el campo genital y obture los inertes surcos, sino que la hembra, ansiosa de Venus, recoja los gérmenes y los deposite en lo más hondo.

Alternativamente acaba el cuidado de los padres y comienza el que se ha de dar a las madres. Cuando ellas, al término de la gestación, andan libres, nadie consienta que uncidas tiren de pesados carros, ni que saltando salven los caminos, ni que atraviesen los prados en ardiente carrera y naden sobre rápidas corrientes. Hazlas pacer en sotos solitarios y a lo largo de caudalosos ríos, donde haya musgo y una ribera toda de verde césped y las cuevas las abriguen y las rocas prolonguen su sombra.

Por los bosques del Sílaro y el Alburno que verdece de carrascas abunda un insecto alado, que los romanos llaman «asilo» y los griegos tradujeron por el nombre de «estro», intratable, de rechinante zumbido, que ahuyenta por las selvas al rebaño entero amedrentado; el aire, sacudido con los mugidos, se enfurece y lo mismo las selvas y la orilla del Tanagro seco.

Con este monstruo ejercitó en otro tiempo sus horribles venganzas Juno contra la novilla, hija de Ínaco, cuya muerte meditaba. De éste también defenderás a las hembras preñadas, pues con los ardores del mediodía acosa con más fuerza, y apacentarás al rebaño al punto que nace el sol, o cuando las estrellas conducen a la noche.

Después de paridas, todo el cuidado se concentra en los becerros y, sin tardar, se graban a fuego las marcas y los nombres de los dueños y se designan los que se prefiere destinar a la reproducción, o reservar consagrados al altar, o los que roturen la tierra y den vuelta al campo erizado de tormos desmenuzados. Los demás ganados se apacientan en medio de verdes herbazales.

Pero a los que tengas ordenados para la ocupación y el trabajo de los campos entrénalos ya desde becerros y prosigue la tarea de la doma, mientras los ánimos de los jóvenes son dóciles, mientras la edad es inconstante. Y desde el primer momento, ata a sus cuellos unos collares flojos de delgada mimbre; después, cuando ya sus cuellos libres se hayan acostumbrado a la servidumbre, úncelos en parejas, atados de collares verdaderos, y obliga a los novillos a andar al mismo paso y a que con frecuencia ya conduzcan ellos por el suelo carros vacíos y apenas dejen a flor de tierra marcadas las rodadas. Más tarde, rechine un eje de haya brillante bajo una pesada carga y un timón de bronce arrastre las ruedas unidas.

Mientras tanto, a esta juventud todavía no domada, no le cortarás con tu mano tan sólo hierbas, ni las flojas hojas de los sauces, ni la ova pantanosa, sino que también los alcaceles; ni, siguiendo la costumbre de nuestros padres, las vacas que han parido te llenarán de leche los níveos tarros, sino que gastarán sus ubres todas para sus dulces hijos.

Si, por el contrario, tu afición te lleva más a las guerras y a los fieros escuadrones, o a pasar rozando con las ruedas las márgenes del Alfeo que baña Pisa, y a conducir volando los carros en el bosque consagrado a Júpiter, la primera prueba del caballo es ver el brío y las armas de los guerreros y soportar el sonido del clarín y llevar una rueda, que rechina al arrastrarla, y escuchar en las caballerizas el choque de los frenos; entonces que se alegre más y más con los elogios cariñosos de su dueño y guste del sonido de la mano que palmotea su cerviz. Y que él se anime a estas pruebas, tan pronto como es arrancado de la ubre de su madre y,

alternativamente, ofrezca su cabeza a los blandos cabestros, cuando todavía es débil y tembloroso e ignorante todavía de la vida.

Pero, cuando pasados ya tres años entrase el caballo en el cuarto estío, comience luego a ejecutar vueltas y a hacer sonar el suelo con sus acompasados pasos y doble alternativamente en círculo cada uno de los brazos y se asemeje al que va forzado, entonces que desafíe ya a los vientos a correr y que, volando por la llanura descubierta como si no tuviera riendas, apenas deje huellas en la superficie de la arena. Así se precipita desde los extremos hiperbóreos el denso Aquilón y disipa las tempestades de la Escitia y las nubes secas; entonces las altas mieses y los ondulantes campos empiezan a erizarse con los suaves vientos, las copas de la selva preludian un murmullo y extensas olas se precipitan sobre la orilla; vuela el Aquilón, barriendo a la vez en su huida los campos labrantíos y las líquidas llanuras.

Pero al caballo de que hablamos, o le rezumará el sudor, cubriendo la meta en la llanura de la Elide y recorriendo sus extensas pistas, y su boca arrojará sanguinolenta espuma, o mejor acaso llevará de su delicado cuello los carros de los belgas. Solamente, por fin, a los ya domados deja que su cuerpo se desarrolle grande con vicioso alcacel, pues antes de la doma levantarán poderosos bríos y, si los reduces, se resistirán a soportar el flexible látigo y a obedecer el bocado duro.

Pero no hay arbitrio alguno que mejor asegure sus fuerzas, que apartarlos de Venus y de los agujones del ciego amor, ya se trate de toros, ya te agrade más el cuidado de los caballos. Por esto es por lo que apartan a los toros lejos y en solitarios pastos, detrás de un monte que oculta la mirada y al otro lado de anchurosos ríos, o los guardan encerrados dentro, cabe pesebres rebosantes. Pues la vista de la hembra les quita las fuerzas poco a poco y los consume y no les deja ella ciertamente con sus dulces halagos acordarse de los bosques ni de los pastos y muchas veces obliga a sus soberbios amantes a competir entre ellos con los cuernos. La hermosa novilla pace en el espacioso bosque de Sila; los toros, embistiéndose con gran fuerza, traban combate y se hieren repetidamente; una sangre negruzca baña sus cuerpos y empujan uno contra otro sus opuestos cuernos con impresionantes bramidos; resuenan las selvas y a lo lejos el Olimpo.

Ni es costumbre que los que han reñido compartan el mismo establo, sino que uno de ellos, el vencido, se marcha y se destierra lejos, en regiones

desconocidas, gimiendo largamente su ignominia, las heridas que le dio el soberbio vencedor y, sobre todo, los amores que perdió sin poder vengarse y, mirando sin parar su establo, se ha retirado del reino que dominaron sus abuelos.

Entonces, pues, todo el cuidado cifra en ejercitar sus fuerzas y entre peñascos duros pasa la noche echado sobre un lecho sin camas y se alimenta de erizadas hojas y de carrizo puntiagudo; pruébese a sí mismo y, luchando contra un tronco de árbol, aprende a servirse de los cuernos para ejercer su cólera y cansa al aire con sus embestidas y se ejercita para la lucha desparramando la arena.

Después, cuando ha condensado su vigor y recuperado sus fuerzas, levanta las enseñas y se lanza precipitado sobre el enemigo descuidado: al igual que la ola, que comienza a blanquear en medio del mar, y, según se extiende y cobra anchura, hincha sus senos y luego, volcándose hacia tierra, resuena con horroroso estruendo entre peñascos y cae deshecha tan alta como la montaña misma; pero de lo más profundo de la ola suben hirvientes remolinos y arroja del fondo a la superficie una negruzca arena.

Ciertamente los seres todos que viven en la tierra, hombres y fieras, los animales del mar, los ganados y aves de variados colores, se lanzan furiosamente hacia este fuego: el amor es el mismo para todos. En ninguna otra ocasión la leona, olvidada de sus cachorros, anduvo errante más furiosa por los campos, ni los deformes osos causaron por doquier tantas muertes y matanzas en las selvas; entonces es el jabalí feroz, entonces el tigre más cruel que nunca. ¡Ay! Con qué peligro entonces se camina por las llanuras solitarias de la Libia. ¿No ves acaso cómo un temblor conmueve el cuerpo entero de los caballos, si tan sólo el olor les trajo los efluvios conocidos? Y por eso, ni el hombre con los frenos ni con el látigo cruel, ni los peñascos y barranqueras, ni los ríos que se oponen a su paso los detienen, aunque arrastren con sus aguas montañas descuajadas. El mismo jabalí sabélico se lanza y aguza sus colmillos y escarba con los pies la tierra, se rasca las costillas contra un árbol y endurece sus espaldas para las heridas por uno y otro lado.

¿Qué pensar de aquel joven, a quien el irrefrenable amor mete en sus huesos violento fuego? En efecto, durante la ciega noche, cruza tardío a nado los mares agitados por la tempestad desencadenada; sobre su cabeza truena la inmensa puerta del cielo, y las olas, estrellándose contra las rocas, lo llaman hacia atrás; pero ni la desgracia de sus padres, ni la

joven, que, si él muere, morirá también con cruel muerte, lo pueden detener. ¿Qué decir de los pintados linceos de Baco y de la cruel raza de los lobos y de los perros? ¿Y qué de los ciervos, que, aunque tímidos, riñen sus batallas? Pero es un hecho conocido que el furor amoroso de las yeguas es el más sensible de todos y esta disposición se la concedió Venus misma, cuando las cuadrigas de Potnias despedazaron con sus quijadas los miembros de Glauco. El amor las lleva al otro lado de los montes Gárgaros y tras las aguas del sonoro Ascanio; escalan las montañas y cruzan a nado los ríos y, al punto que la llama penetró en sus ávidas médulas, sobre todo en primavera, porque en la primavera vuelve a los huesos el calor, vueltas todas ellas de cara al Céfiro, se están sobre las rocas altas y reciben dentro de sí los suaves vientos y, frecuentemente, sin ayuntamiento alguno, fecundadas por el viento, lo que parece increíble, se dispersan en desordenada fuga a través de rocas y picachos y por encajonados valles, no adonde tú, Euro, naces, ni adonde sale el sol, sino hacia el Bóreas y el Cauro, o allí donde nace el sombrío Austro y entristece el cielo con su lluvioso frío. Es entonces cuando un veneno viscoso, que los pastores con exacto nombre llaman hipomanes, se destila de su ingle; el hipomanes, que con frecuencia recogieron las malvadas madrastras y lo mezclaron con hierbas, pronunciando maléficos conjuros.

Pero huye entre tanto, huye el tiempo irrecuperable, mientras que del amor llevado me entretengo en cada pormenor. Sea lo dicho bastante para el ganado mayor; queda la otra parte de mi tema, tratar del ganado lanar y de las hirsutas cabras.

Éste es un trabajo, pero esperad de aquí, animosos labradores, vuestra alabanza. No se me oculta en mi ánimo cuán gran empresa sea triunfar con las palabras de las dificultades de mi tema y prestar este honor a cosas tan pequeñas; pero una dulce afición me arrebató a través de las fragosidades desiertas del Parnaso; me gusta caminar por esas cumbres por donde nadie antes que yo dejó sus huellas, por la suave pendiente que conduce a la fuente Castalia. Ahora, venerable Pales, ahora hay que cantar con poderosa voz.

Lo primero, ordeno que las ovejas, hasta que no vuelva de nuevo el frondoso estío, pasten la hierba en establos cómodos y que se extienda sobre el duro suelo espesa capa de paja y brazados de helechos, para evitar que la fría helada perjudique al ganado delicado y críe la roña y la deformante patera.

Después, pasando a otro asunto, mando que se den a las cabras ramas verdes de madroño y se les suministre agua fresca y abundante y que sus establos se pongan al abrigo de los vientos, al sol invernal, orientados al mediodía, en el tiempo en que el frío Acuario comienza a declinar y se derrama en lluvias al terminar el año.

Las cabras, por su parte, no han de ser atendidas por nosotros con menos diligencia. Su utilidad no nos será menor, aunque los vellones de Mileto se paguen a gran precio, teñidos a cocción con la púrpura de Tiro; de ellas nace más abundante descendencia, de ellas se saca más cantidad de leche. Cuanto más la exprimida ubre hiciera espuma sobre el tarro, tanto más abundantes manarán los chorros de las tetas ordeñadas.

Y no por eso menos se cortarán las barbas que blanquean el mentón del chivo de Cínipe y su bosque de cerdas, para uso de campamentos y para indumentaria de miserables marineros. Pastan las cabras en las selvas y las cumbres del Liceo las espinosas zarzas y la jara, que ama las alturas, y ellas mismas, acordándose, vuelven a su aprisco y conducen sus cabritos y apenas traspasan el umbral con sus cargadas ubres.

Así pues pondrás tanto mayor cuidado en apartarlas de los fríos y de los helados vientos, cuanto menos necesitan de las atenciones del hombre y les llevarás diligente el pasto y ramoso forraje y no les cerrarás los heniles durante el invierno entero.

Mas, por el contrario, cuando a la voz de los Céfiros el risueño estío eche hacia los bosques y los pastos uno y otro rebaño, obliguémosles a pastar los frescos campos al despuntar el lucero, mientras amanece el día, mientras el césped está blanco y el rocío, gustosísimo al rebaño, brilla sobre la tierna hierba.

Después, cuando la cuarta hora del día haya despertado la sed y las ruidosas cigarras atruenen las arboledas con su canto, te ordenaré que lleves tus ganados a las pozas, o a los hondos estanques, para que beban el agua, que corre en canales de encina; mas en medio de los fuertes calores busca un valle umbroso donde la corpulenta encina de Júpiter, de antiguo tronco, extienda sus poderosas ramas, o donde un sombrío bosque de espeso chaparral cubra el suelo con su sagrada sombra; luego, al ponerse el sol, abrévalas de nuevo con poca agua y pástalas de nuevo, cuando templá el aire el fresco Véspero y la Luna, ya con el rocío, renueva

las praderas y resuena el litoral con los cantos del alción y el espino con los trinos del jilguero.

¿Para qué seguir hablándote en mis versos de los pastores de Libia, de sus pastos y de sus aduares poblados de escasas tiendas? Muchas veces el rebaño pace sin interrupción día y noche y el mes entero y marcha sobre las vastas soledades del desierto sin encontrar refugio alguno, ¡tan grande es la extensión de la llanura! Todo lo lleva consigo el pastor africano, su hogar, sus dioses lares, las armas, el perro de Amidas y la aljaba de Creta; de la misma manera que vestido con las armas nacionales el resistente romano hace las marchas bajo el peso de un enorme equipo y, plantado el campamento, se presenta en perfecta formación ante el enemigo descuidado.

Pero no ocurre lo mismo en aquellas tierras que habitan los pueblos de la Escitia, donde está la laguna Meótida y el Istro arrastra en su corriente turbia rojizas arenas y por donde el Ródope, extendido hasta la mitad del polo, de nuevo retrocede. Allí tienen los rebaños encerrados en los establos, no aparece allí ni hierba alguna sobre los campos, ni follaje en los árboles, sino que yace la tierra, en lo que la vista alcanza, informe bajo montones de nieve y gruesa capa de hielo, que llega a alcanzar hasta siete codos. Siempre el invierno, siempre los vientos Cauros soplando fríos. Por otra parte, el sol nunca jamás disipa las descoloridas sombras, ni cuando arrastrado por sus caballos se dirige a la más alta región del éter, ni cuando, lanzándose, baña su carro en la llanura rojiza del Océano. Se forma rápidamente en la corriente de los ríos una costra de hielo y el agua llega a soportar sobre su superficie ferradas ruedas y la que antes recibía naves, ahora recoge en su seno anchas carretas; los objetos de bronce saltan en pedazos por doquier, los vestidos se quedan rígidos sobre el cuerpo y los vinos, antes líquidos, se cortan con el hacha y las lagunas se convierten totalmente en duro hielo y el hórrido carámbano se endurece sobre las desaliñadas barbas.

Mientras tanto, copiosamente nieva en toda la región del aire; perecen las bestias: los grandes cuerpos de los bueyes quedan inmóviles, cubiertos por la escarcha, y en apretado escuadrón los ciervos se paralizan abrumados por una nueva masa y apenas si descubren la punta de sus cuernos. No los acosan echándoles los perros ni con trampa alguna, ni asustándolos con el espantajo de plumas coloradas, sino que mientras empujan en vano con el pecho la montaña de nieve que les estorba el

paso, acercándose a ellos los hieren con el hierro y los degüellan en medio de violentos bramidos y, alborozados, se los llevan a sus casas con gran grita.

Los hombres disfrutan los ocios de una vida tranquila en cavernas cavadas profundamente bajo tierra y arriman a los hogares montones de robles y olmos enteros y los arrojan al fuego. Aquí pasan en el juego las largas noches y, satisfechos, sustituyen el jugo de la vid por el caldo de la cebada fermentada y los ácidos frutos del serbal. Así esta raza de hombres indómitos que vive bajo el hiperbóreo septentrión es azotada por el Euro, que sopla de los montes Rífeos, y cubre sus cuerpos con rojizas cerdas de animales.

Si te preocupa el esquileo de la lana, lo primero, lejos de ti una espinosa selva, los lampazos y el abrojo; huye los pastos gruesos y elige desde el primer momento hembras blancas de sedoso vellón. Pero al morueco, aunque su cuerpo sea todo blanco, si bajo el paladar húmedo descubres su lengua moteada de negro, recházalo, no sea que sombree con oscuras pintas los vellones de los recién nacidos, y, buscando alrededor de ti sobre tu abastecido campo, reemplázalo con otro.

Así con la ofrenda de un nevado vellón, si el hecho es digno de creerse, Pan, dios de la Arcadia, prendada, te sedujo a ti, oh Luna, llamándote a las interioridades de los bosques y tú no fuiste desdeñosa en contestarle. Pero el que sienta amor por la leche, que lleve él mismo con sus propias manos a los pesebres cantueso y abundante meliloto y saladas hierbas. Con esto gustan más de abrevarse en corrientes aguas y retesan más sus ubres y devuelven en la leche el sabor oculto de la sal. Muchos hay que en creciendo los cabritos los apartan de sus madres y les guarnecen el morro con bozales ferrados. La leche que ordeñaron al venir la aurora y durante las horas del día la cuajan por la noche; mas la que se ordeña en tinieblas ya y al ponerse el sol la transportan en sus tarros al despuntar el día (pues va el pastor a las ciudades), o bien la adoban con un poco de sal y la reservan para el invierno.

No sean los perros el último de tus cuidados, sino que a los cachorros corredores de Esparta y al impetuoso Moloso aliméntalos a la vez con graso suero; jamás, con guardianes tales, tendrás que temer para tus establos ni al ladrón nocturno ni las incursiones de los lobos ni las traiciones del no aplacado ibero. Muchas veces también acosarás con la carrera a los tímidos onagros y con los perros cazarás la liebre, con los

perros los gamos; con frecuencia hostigarás con los ladridos de tu jauría a los jabalíes lanzados de sus salvajes revolcaderos y a través de elevados montes forzarás con gritería hacia tus redes a un corpulento ciervo.

Aprende también a quemar en tus establos la madera olorosa del cedro y a ahuyentar a los quelidros peligrosos con el olor del gálbano quemado. Frecuentemente la víbora, ponzoñosa si la tocas, se escondió bajo los no removidos pesebres, huyendo asustada de la luz, o la culebra, cruel azote de los bueyes, acostumbrada a deslizarse a la sombra de un abrigo y a esparcir el veneno en el rebaño, se acurrucó en el suelo. Coge piedras en la mano, toma un garrote, pastor, y cuando se yergue en amenazas e hincha su silbante cuello, derríbala; en su huida ya escondió bien honda en el agujero su tímida cabeza, mas las roscas de la mitad del cuerpo y los anillos del extremo de la cola se deshacen y lentamente arrastra sus vueltas el último repliegue.

Existe también en los bosques calabreses aquella malvada sierpe, que, cuando levanta el pecho, descubre su escamosa espalda y su largo vientre salpicado de grandes manchas. Ésta, mientras brotan de sus fuentes los arroyos y las tierras están húmedas con la fresca primavera y los lluviosos Austros, vive en los estanques y, habitando sus orillas, sacia, cruel, su voracidad ansiosa con peces y con parleras ranas. Mas, después que se ha secado la laguna y las tierras se abren con el ardor del sol, salta sobre la tierra seca y, revolviendo sus llameantes ojos, se enfurece por los campos, exasperada por la sed y fuera de sí por el exceso del calor. No me apetezca entonces entregarme al dulce sueño a la intemperie, ni estar tumbado en la hierba en la ladera de un bosque, cuando despojada de su piel, renovada y brillante por la juventud, desenvuelve su rosca y, dejando en su guarida los viboreznos o los huevos, se empina al sol y vibra en sus fauces el triple dardo de su boca.

Te enseñaré también las causas y los síntomas de las enfermedades. La repugnante roña ataca a las ovejas, cuando la fría lluvia y el áspero invierno de blancas escarchas se les ha entrado en las carnes hasta lo vivo, o, cuando después de esquiladas, se les pegó el sucio sudor y desgarraron su piel los ásperos zarzales.

Por eso los pastores bañan el rebaño entero en corrientes de agua dulce y sumergen en un remolino el vellón húmedo del morueco y descende luego impulsado a favor de la corriente; o bien, después de esquilado, untan su cuerpo con hez de aceite amargo, mezclado con espumas de plata, azufre

virgen, resina del monte Ida y la grasienta cera, cebolla albarrana, eléboro de pesado olor y negro betún. Sin embargo, no hay más eficaz remedio de estos males que si alguien se aventuró a sajar con hierro los labios de la úlcera; estando oculto el mal se alimenta y vive, mientras el pastor se abstiene de aplicar a las heridas las manos que las curen, o, sentado, suplica a los dioses remedios más seguros.

Además, cuando el dolor, adentrándose en el meollo de los huesos del rebaño, muestra su violencia y una ardiente fiebre consume los miembros, la experiencia aconsejó que lo mejor es dar salida al fuego de la calentura, cortando la vena en lo más bajo de la pezuña y haciendo saltar la sangre. Así tienen por costumbre los bisaltas y el rudo gelono, cuando huye hacia el Ródope y a través de los desiertos de los getas y bebe leche cuajada mezclada con sangre de caballo.

Cuando veas desde lejos a una oveja que con frecuencia se retira a la agradable sombra, o que indolentemente mordisquea la punta de las hierbas y que sigue la última al rebaño, o, cuando pace, se tumba en medio del campo y ya tarde se retira sola al llegar la noche, ataja al punto el mal con el hierro, sin esperar a que el cruel contagio cunda por el rebaño desprevenido. No se desencadena el huracán con tanta frecuencia por el mar impulsando la borrasca, cuanto se multiplica la epidemia en los rebaños; y las enfermedades no se ceban en una tras otra de las reses, sino que invaden de repente todas las majadas de verano, la esperanza del rebaño y al rebaño mismo, inficionando en su fuente la raza entera: de ello se daría cuenta el que aun ahora mismo, al cabo de los tiempos, contemple los elevados Alpes, las viviendas montañosas de la Nórica y las llanuras de Yapidia, regada por el Timavo, y vea los reinos de los pastores abandonados, y los bosques deshabitados por todos los contornos.

Aquí, por corrupción del aire se originó en otro tiempo un deplorable estado de la atmósfera, que, agravándose con toda la fuerza de los calores otoñales, entregó a la muerte toda especie de animales domésticos y salvajes y corrompió las aguas estancadas e inficionó los pastos con la peste. Ni era uno solo el camino de la muerte, sino que cuando una fiebre ardiente introducida por todas las venas había reducido los miembros a un estado lastimoso, manaba a su vez abundante pus, que disolvía todos los huesos minados progresivamente por la enfermedad.

Muchas veces, estando de pie la víctima junto al altar en medio del sacrificio de los dioses, al tiempo que la ínfula de lana ciñe su cabeza con

nívea cinta, se desplomó moribunda junto a los vacilantes sacrificadores, o si el sacerdote había inmolado antes con el hierro a alguna, no arden sus entrañas puestas sobre los altares, ni el adivino consultado puede dar la respuesta y apenas si los cuchillos, puestos bajo su cuello, se tiñen de sangre y si la superficie de la arena se ennegrece con algo de materia.

También en medio de abundante hierba mueren a manadas los becerros y entregan sus dulces vidas junto a los pesebres llenos; y también se apodera la rabia de los perros cariñosos y una tos anhelante sacude a los apestados cerdos y ahoga sus fauces tumefactas.

Desfallece, sin suerte en sus esfuerzos y descuidado de la hierba, el caballo vencedor y se aparta de las fuentes y golpea sin parar la tierra con el casco; cuelgan sus orejas e igualmente se extiende sobre su piel un vago sudor, frío cuando están a punto de morir; se seca la piel y al palparla resiste dura al tacto.

Éstos son los síntomas que preceden a la muerte desde los primeros días. Si, por el contrario, el mal en su proceso comienza a recrudecerse, entonces ciertamente se les inflaman los ojos y sacan la respiración de lo más hondo del pecho, agravada a veces por un gemido, y dilatan lo más hondo de los ijares con prolongado hipo; una sangre negruzca se escapa por las narices y la lengua, áspera, oprime sus obstruidas fauces. Les sirvió de alivio echarles vino puro con un cuerno como embudo; éste pareció el único medio de salvar a los que morían; luego, esto mismo era su perdición, pues, reanimados, ardían con más furia y ya en las ansias de la muerte (premien mejor los dioses a los piadosos y reserven a los enemigos delirio semejante), desgarraban ellos mismos sus miembros a pedazos con sus descarnados dientes.

Pero he aquí que resollando bajo el duro arado cae muerto el toro y arroja por la boca sangre mezclada con espuma, al tiempo que lanza los últimos gemidos. Triste, el labrador, desunciendo al otro novillo consternado por la muerte de su compañero, se marcha y deja el arado clavado a la mitad del surco. Ni las sombras de elevados bosques, ni la hierba tierna de los prados consiguen alegrarlos, ni tampoco el río, que más puro que el ámbar, rodando sobre piedras, se dirige a la llanura, sino que se les aflojan desde el hondo los costados y un estupor invade sus ojos inmóviles y su cerviz, agobiada por su peso, se inclina hacia la tierra. ¿De qué le aprovechan su trabajo y sus servicios? ¿De qué haber removido con la reja la pesada tierra? Y sin embargo, no fueron los dones mágicos de

Baco, ni los abundantes manjares los que les dañaron: se apacientan de hojas y del sustento de sencillas hierbas, su bebida son las fuentes cristalinas y los ríos de rápida corriente y jamás interrumpen los cuidados sus saludables sueños. En aquel tiempo, según dicen, en vano se buscaron por aquellas comarcas novillas para el culto de Juno y uros desiguales condujeron los carros con ofrendas a los elevados templos. Por eso los labradores abren penosamente la tierra, con los rastros y con sus mismas uñas entierran las simientes y a través de elevados montes arrastran con el cuello estirado los rechinantes carros.

El lobo no espía el lugar de una emboscada alrededor de las majadas, ni ronda por la noche los rebaños; un cuidado más punzante lo sujeta; los tímidos gamos y los huidizos ciervos andan ahora errantes mezclados con los perros y alrededor de sus viviendas.

Sobre el borde de la orilla arrojan ya las olas, como cuerpos de náufragos, lo que cría el mar inmenso y toda especie de seres nadadores; las focas huyen a los ríos donde viven extrañadas. Muere también la víbora, en vano defendida por sus sinuosos escondrijos, y lo mismo las hidras, a las que el espanto encrespa sus escamas. Para las mismas aves es perjudicial el aire y al caer dejan ellas la vida bajo las altas nubes.

Además, de nada sirve ya el cambiar de pastos, y los remedios que se buscan perjudican; se dieron por vencidos los maestros en el arte, Quirón, hijo de Fílira, y Melampo Amitaonio. La pálida Tisífone, escapada a la región de la luz desde las tinieblas de la Estigia, se enfurece y lleva por delante a las Enfermedades y al Temor y se engrandece levantando su cabeza de día en día más insaciable.

Los ríos y sus orillas secas y las empinadas colinas resuenan con el balido de las ovejas y los mugidos repetidos. Y ya Tisífone extiende la matanza sobre manadas de animales y en los mismos establos amontona los cadáveres descompuestos por repugnante podredumbre, hasta que se aprende a cubrirlos de tierra y a esconderlos dentro de las fosas.

Porque ni la piel tenía aplicación alguna, ni las carnes se puede nadie purificarlas con el agua, ni cocerlas al fuego, ni pueden tampoco esquilarse

los vellones, carcomidos por el mal y la suciedad, ni tocar las telas sin que se pulvericen, y si con todo había probado alguien estos vestidos aborrecibles, unas pústulas ardientes y un sudor inmundo se pegaba a los infestos miembros, y sin que se esperase largo tiempo el fuego sagrado devoraba el cuerpo entero contagiado.

Libro IV

Prosiguiendo cantaré el don divino de la miel, que baja de los cielos: dirige tu mirada, oh Mecenas, también hacia esta parte. Voy a referir el espectáculo de pequeñas cosas que causarán tu admiración, magnánimos caudillos y, siguiendo un orden, las costumbres, aficiones, pueblos y combates de toda una nación. Mezquino es el argumento de mi empresa, pero no será mezquina la gloria, si al poeta las divinidades desfavorables no le impiden y si Apolo invocado le es propicio.

Primeramente hay que elegir para las abejas una morada y lugar fijo, donde ni los vientos tengan entrada (pues los vientos les impiden llevar a sus casas el pasto), ni las ovejas y los cabritos retozones trisquen entre las flores, o la ternera errante por el campo sacuda el rocío y tronche la hierba cuando crece.

Lejos también de las colmenas bien abastecidas los lagartos pintados en su escamosa espalda, los abejarucos y otras aves, y Procne, que trae el pecho señalado con sus sangrientas manos, porque lo devastan todo por doquier y a las mismas abejas las atrapan al vuelo con el pico, comida dulce para sus crueles nidos. Pero que haya cristalinas fuentes y estanques que verdezcan con el musgo, y un arroyuelo que se deslice suavemente entre la hierba, y una palmera, o un acebuche corpulento, que den sombra al vestíbulo.

Así, cuando los reyes nuevos salgan al frente de sus enjambres en la primavera, su estación propicia, y la juventud salida de los panales se divierta, la ribera cercana los invitará a retirarse del calor, y un árbol situado al paso les acogerá en su hospitalaria fronda.

En medio del agua, ya sea estancada o corriente, echa de través troncos de sauce y grandes piedras, para que puedan detenerse sobre apiñados puentes y extender sus alas al sol del verano, si, por casualidad, a las que se retardan las ha mojado el Euro, o, impetuoso, las ha sumergido en la corriente. Florezcan en contorno las casias verdes, los serpoles, cuyo perfume se nota desde lejos, y abundancia de ajedrea, de fuerte olor, y el

violar beba en la fuente que lo riega.

Por lo que se refiere a las colmenas mismas, ya sea que las formes de cortezas ahuecadas y cosidas, o bien de tejas de flexible mimbre, que tengan estrechas las piqueras, pues el invierno hiela la miel con los fríos, lo mismo que el calor la vuelve líquida.

Ambos rigores han de temer de igual modo las abejas, pues no es en vano que en sus moradas tapan a porfía con cera los respiraderos más pequeños y cubren los resquicios de propóleos y del jugo de las flores y guardan una cola, que recogieron para estos mismos menesteres, más blanda que la goma y que la pez del Ida frigio. Muchas veces también, si la fama es verdadera, pusieron su hogar al abrigo, excavando guaridas bajo tierra, y fueron halladas en las oquedades de la piedra pómez y en la cavidad de un árbol carcomido. No obstante, tú también, protegiéndolas del frío en derredor unta con lodo blando las hendiduras de la colmena y echa por encima algunas ramas. No dejes el tejo junto a sus viviendas, ni enrojezcas los cangrejos sobre el fuego, ni confíes en una laguna profunda, ni en los sitios donde el cieno emana olores fuertes, o donde las rocas huecas resuenan a una sacudida y el choque del sonido repercute con el eco.

Además de esto, luego que el sol dorado ha ahuyentado al invierno y lo ha reducido bajo tierra y despejó el cielo con las claridades del estío, al punto las abejas recorren selvas y florestas, recogen las brillantes flores y, ligeras, liban la superficie de las aguas; a partir de este momento, regocijadas con no sé qué dulcedumbre, atienden a sus crías y a sus nidos; desde entonces elaboran con arte la cera nueva y amasan la consistente miel.

Después, cuando alzando la vista veas que el enjambre, salido ya de sus celdas, nada por el aire líquido del estío hacia las estrellas del cielo y admires su nube oscura impulsada por el viento, obsévalas atentamente: se dirigen siempre a las aguas dulces y a un abrigo cubierto de follaje. Derrama tú en estos sitios los perfumes que te ordeno, toronjiles machacados y la hierba común de la cerinta; haz retiñir el bronce y sacude alrededor los címbalos de la Madre; las abejas se posarán en los lugares preparados y ellas mismas, siguiendo su costumbre, se recogerán en lo más profundo de las cunas.

Mas si, por el contrario, saliesen a campaña, pues con frecuencia con

alboroto grande una discordia se origina entre los reyes, y en seguida se puede adivinar con tiempo los ánimos de la muchedumbre y el ardor guerrero que estremece los corazones; porque aquel sonido marcial del ronco bronce reprende a las perezosas y se deja oír un ruido que recuerda el quebrado son de las trompetas. Entonces se agrupan temblorosas, agitan las alas y aguzan los dardos con sus trompas, disponen sus músculos y apiñadas junto a su rey y delante mismo del pretorio, se mezclan y provocan al enemigo con grandes gritos. Así pues, cuando disfrutan ya de una primavera despejada y de un cielo sin nubes, se lanzan fuera por las puertas, trábase el combate, un zumbido se produce en las alturas del empíreo, confundidas se amontonan en grande redondel y caen precipitadas; no es el granizo más espeso en la región del aire, ni de la encina vareada llueven tan abundantes las bellotas. Los reyes mismos, en medio de los escuadrones y distinguibles por sus alas, ostentan un valor sin límites dentro de un reducido pecho, empeñados en no ceder hasta el momento en que el duro vencedor obligó al uno o al otro de los dos bandos a volver las espaldas en la fuga. Esta agitación de los espíritus y estos combates tan crueles los apacigua y reduce a calma un poco de polvo arrojado al aire.

Sin embargo, tan pronto como hayas apartado del combate a ambos capitanes, entrega a la muerte al que te pareció menos bueno, para que no te cause daño el superfluo; deja que el mejor reine en su vacante corte. Éste será el que brille con ásperas motas de oro, pues los hay de dos especies, éste, el que es mejor, se distingue por su aspecto y porque brillan con un rojo vivo sus escamas; el otro es de pereza repugnante y arrastra sin gloria su abultado vientre.

Como cada uno de los dos reyes tiene distinto aspecto, así también los cuerpos de su gente: pues unas son feas y erizadas, como la saliva terrosa que el caminante sediento escupe de su reseca boca cuando viene andando sobre un lecho de polvo; resplandecen las otras y vibran de esplendor, brillando sus cuerpos salpicados con puntos simétricos de oro. Ésta es la mejor raza; de ella, en un tiempo fijo del año, sacarás una miel dulce, pero más que dulce, líquida y a propósito para corregir el sabor fuerte del vino.

Pero cuando los enjambres vuelan desorientados y se recrean por el cielo, desprecian sus panales y abandonan al frío sus colmenas, impedirás que sus volubles ánimos se entreguen a una inútil diversión. Ni te costará

mucho el conseguirlo: quita tú las alas a los reyes; no pudiendo moverse ellos, nadie se atreverá a emprender el camino de los aires ni a arrancar del campamento las enseñas.

Los huertos perfumados con flores del color del azafrán las atraigan y Príapo, dios del Helesponto, que vigila a los ladrones y a las aves con su hoz de sauce, les dispense protección. Y aquél que atiende a cuidados tales, que él mismo, trayendo de las montañas altas el tomillo y el laurel silvestre, los plante extensamente alrededor de las colmenas; que él ejercite sus manos en este trabajo duro; que él mismo hincue en el suelo las plantas fértiles y las riegue con aguas bienhechoras.

Y a la verdad, si yo no me encontrara ya al cabo final de mi tarea, dispuesto a recoger velas y a apresurarme a volver mi proa hacia la tierra, tal vez cantarí­a con qué cuidado, cultivándolos, se embellecen los fértiles jardines, y las rosaledas de Pesto, dos veces al año florecidas, y de qué modo las achicorias se gozan bebiendo en los arroyos y las riberas verdeantes con el apio y cómo sobre la hierba el retorcido cohombro ve crecer su vientre; ni pasaría en silencio el narciso, lento en formar su cabellera, ni el tallo del flexible acanto, ni la pálida hiedra, ni el mirto, que ama las riberas.

Pues yo me acuerdo que al pie de las torres de la encumbrada ciudad de Ébalo, por donde el negro Galeso riega los dorados campos, he visto a un viejo de Córico, que cultivaba unas pocas yugadas de tierra abandonada, cuyo suelo ni era productivo con el trabajo de los bueyes, ni apropiado a los rebaños, ni conveniente a Baco. Con todo, nuestro viejo, cultivando en medio de las zarzas espaciadas hortalizas y en torno de ellas blancos lirios y verbenas y adormidera comestible, igualaba en su altivez las riquezas de los reyes y cuando volvía a su casa, entrada ya la noche, cubría las mesas de manjares no comprados.

Él era el primero en cortar la rosa en primavera y en coger los frutos en otoño y, cuando el triste invierno resquebrajaba incluso las piedras con el frío y el hielo detenía el curso de las aguas, pelaba entonces él la vegetación del flexible jacinto, reprochando lo tardío del verano y la pereza de los Céfiros. Así pues, él, antes que nadie, tenía en abundancia fecundas abejas y enjambres numerosos y, exprimiendo los panales, hacía salir de ellos la espumosa miel; poseía tilos y el frondosísimo laurel silvestre; y de cuantos frutos fértil el árbol se adornaba con flores nuevas, otros tantos tenía maduros en el otoño. Transplantó también él los olmos

ya crecidos, a cordel, y el peral, muy duro, y los espinos que llevan ya ciruelas, y el plátano a punto de ofrecer sombra a los que beben. Pero, impedido por mis estrechos límites, paso por alto estos relatos y dejo a otros, después de mí, el cuidado de evocarlos.

Ahora, adelante, voy a referir el instinto que del mismo Júpiter recibieron las abejas en recompensa de que, siguiendo el sonido melodioso de los curetes y el ruido crepitante de sus bronces, alimentaron al rey del cielo en la cueva de Dicté. Sólo las abejas tienen en común los hijos y en su ciudad indivisas las viviendas y pasan la vida sujetas a grandes leyes y ellas solas reconocen una patria y Penates inmutables y, teniendo presente el invierno venidero, se ejercitan trabajando en el verano y lo que allegaron lo ponen en reserva para todas.

Pues unas atienden al sustento y, según el acuerdo establecido, ejercen en los campos su trabajo; otras, dentro del recinto de sus celdas, echan los primeros cimientos de los panales con la lágrima del narciso y la goma pegajosa de la corteza, después cuelgan de ella una cera tenaz; otras hacen salir las crías ya crecidas, esperanza del linaje; otras espesan una miel muy pura e hinchen las celdas del límpido néctar. Hay a quienes tocó en suerte la guarda de las puertas y en turno observan las lluvias y las nubes del cielo, o reciben las cargas de las que llegan, o en escuadrón cerrado rechazan de las colmenas a los zánganos, rebaño perezoso.

Se trabaja febrilmente y las olorosas mieles rezuman a tomillo, de la misma manera que los Cíclopes cuando se esmeran en forjar los rayos con las blandas masas del metal; los unos, con los fuelles de piel de toro, reciben el aire y lo devuelven, los otros templan en un estanque los chirriantes bronces; el Etna se estremece bajo el peso de los yunques; levantan ellos alternadamente y a compás los brazos con gran fuerza y voltean el hierro con la mordiente tenaza; así también, si se puede comparar lo pequeño con lo grande, el amor innato por allegar impulsa a las abejas cecropias, a cada una en su destino.

A las más viejas corresponde el cuidado de las colmenas, construir los panales y fabricar las artísticas celdillas; pero las más jóvenes se recogen fatigadas, entrada ya la noche, con las patas cargadas de tomillo: indistintamente pacen los madroños y los glaucos sauces y la casia y el rojo azafrán y el frondoso tilo y los oscuros jacintos. Para todas a la vez el descanso de las tareas y para todas a la vez el trabajo; por la mañana se precipitan fuera por las puertas, no hay tardanza alguna; de nuevo, cuando

el lucero les advirtió que ya es hora de retirarse de los campos, después de haber libado, entonces se dirigen a sus celdas, entonces atienden a sus cuerpos; un ruido se produce y zumban alrededor de las piqueras y en el umbral de la colmena. Después, cuando ya se retiraron a sus lechos, aumenta el silencio con la noche y el sueño merecido se señorea de sus cansados miembros.

Pero cuando amenaza la lluvia no se alejan demasiado de sus viviendas, ni confían en el cielo, cuando los Euros se aproximan; sino que seguras al pie de las murallas de su casa, se proveen de agua en los alrededores y no se arriesgan más que a breves escapadas y muchas veces cargan unas piedrecitas, como el lastre los navíos inseguros cuando las olas los azotan; con ellas se sostienen entre las impalpables nubes.

Te maravillarás en gran manera de que a las abejas les haya agradado esta costumbre: que no se entregan al acoplamiento, ni perezosamente rinden sus cuerpos en honor de Venus, ni dan a luz sus crías con dolores, sino que ellas recogen con su trompa a los recién nacidos de las hojas y de las hierbas suaves; ellas mismas sustituyen a su rey y a sus pequeños ciudadanos y forman de nuevo la corte y los palacios de cera. Muchas veces también en sus largas excursiones se rompieron las alas contra peñascos duros y rindieron voluntariamente su vida bajo el peso de la carga; ¡tan grande es el amor que sienten por las flores y la gloria por fabricar la miel!

Así pues, aunque el término de la existencia sorprenda a las abejas pronto (pues no suelen pasar del séptimo verano), la raza, sin embargo, es inmortal y durante muchos años persiste la fortuna de la casa y se cuentan los abuelos de los abuelos. Fuera de esto, no veneran así a su rey ni Egipto, ni la extensa Lidia, ni los pueblos de los partos, ni la Media, regada por el Hidaspes. Mientras les vive el rey, un alma sólo tienen todas; mas, una vez perdido, el pacto ya se ha roto, arrebatan ellas mismas la miel que almacenaron y rompen el enrejado de los panales.

Él es el vigilante de los trabajos, a él lo admiran y rodean todas con un denso zumbido y lo acompañan en escolta numerosa y con frecuencia lo levantan en hombros y ofrecen al enemigo una coraza con sus cuerpos y corren despreciando sus heridas hacia una muerte bella.

Con estas señales y atendiendo a estos ejemplos afirmaron algunos que tenían las abejas una parte de la inteligencia divina y emanaciones

celestiales: pues dios se derrama por la tierra entera y por la extensión del mar y por las alturas del cielo; de él el ganado menor y el mayor, el hombre, las especies todas de las fieras y cualquier ser reciben al nacer el sutil aliento de la vida; a él, naturalmente, vuelven después y se restituyen los seres todos al cumplir su evolución; ni hay lugar para la muerte, sino que, vivos, vuelan al elemento sideral y penetran en las alturas del Empíreo.

Si alguna vez destapas la colmena augusta para quitar la miel guardada en sus tesoros, rociado primeramente con agua extraída, guarda silencio y lleva en la mano por delante una tea que extienda por doquiera el humo. Dos veces las abejas apiñan sus abundantes frutos y en dos estaciones es la recolección: una, tan pronto como la Pléyade Taigete mostró a la tierra su rostro hermoso y rechazó con desdeñoso pie las ondas del río Océano, la otra, cuando el mismo astro, huyendo de la constelación del lluvioso Piscis, desciende del cielo tristemente hacia las ondas invernales. En cuanto a las abejas no tiene límite su cólera y, ofendidas, inoculan en las picaduras el veneno y abandonan sus invisibles agujones en las venas a las que están clavadas y dejan su vida en las heridas.

Si, por el contrario, temes el riguroso invierno y piensas en el tiempo venidero y te dueles de sus abatidos ánimos y de su quebrantada situación, ¿quién dudará, al menos, de sahumarlas con tomillo y de retirar la cera de las celdas vacías?. Porque muchas veces el lagarto, disimuladamente, ha devorado los panales y las celdillas aparecieron cubiertas de cucarachas enemigas de la luz, y también el zángano holgazán anda al acecho del alimento ajeno, o el áspero abejorro se introdujo aprovechando sus fuerzas superiores, o la casta cruel de las tiñas, o la araña, odiada de Minerva, ha suspendido de las puertas sus flojos hilos.

Cuanto más se hayan empobrecido las abejas, con tanto más afán se aprestarán a resarcir las pérdidas de su arruinada casa, rellenando brechas y tapizando sus graneros con el jugo de las flores.

Pero si sus cuerpos languidecieran con la triste enfermedad (puesto que la condición de las abejas está expuesta a los mismos accidentes que la nuestra), lo que tú podrás reconocer con inequívocas señales: al punto se les demuda el color a las enfermas; una flaqueza horrible les deforma el rostro; después sacan fuera de sus casas los cadáveres de las privadas de la luz y les hacen tristes funerales; o bien cuelgan ellas, trabadas de las

patas, junto al umbral de la colmena, o también se apiñan todas dentro de sus viviendas cerradas, abatidas por el hambre y ateridas por el rigor del frío; oyese entonces un sonido más grave y zumban sin interrupción: como el frío Austro silba a veces en las selvas, como el mar alterado brama al retirarse las olas, como el impetuoso fuego restalla en llamas en los cerrados hornos. Te aconsejaré yo en tal momento que quemes el oloroso gálbano y que les introduzcas miel con canutos de caña, adelantándote a animarlas e invitando a las enfermas a sus alimentos habituales.

Servirá asimismo de provecho mezclar el sabor de la agalla machacada, las rosas desecadas, los arropes espesados a fuego lento, o los racimos secos de la vid Psitia y el tomillo de Cécrope y la hierba centáurea de fuerte olor. Existe también en los prados una flor, a la que los labradores le dieron el nombre de amelo, planta fácil de hallar a quien la busca, pues de una sola cepa se levanta una mata enorme de tallos; el corazón es de oro, pero en los pétalos, que se extienden en gran número alrededor, brilla pálidamente el color de púrpura de la violeta negra. Muchas veces los altares de los dioses se adornan con guirnaldas de esta flor trenzada; su sabor es áspero a la boca; los pastores la recogen en los valles ya segados y junto a la sinuosa corriente del río Mela. Cuece sus raíces con aromatizado vino y pon este alimento a canastos llenos a la entrada de la colmena.

Pero si de pronto se le perdiese a alguien la casta entera y no hallase medio de restaurar una generación nueva, ahora es la ocasión de dar a conocer la invención memorable del pastor de Arcadia y de qué manera la sangre corrompida de los novillos sacrificados ha engendrado frecuentemente abejas. Yo te relataré con amplitud la tradición entera, tomándola desde su primer origen.

Pues por aquella parte por donde el pueblo afortunado de Canopo Peleo habita el Nilo, que forma un lago al desbordarse la corriente, y recorre sus campos en pintadas barcas; en aquel sitio por donde hostiliza la vecina Persia, que usa aljaba, y el río fecunda al verde Egipto con negro limo y, precipitándose, se divide en siete bocas diferentes, después de haber bajado del país de los pintados indios, da esta región fía en este procedimiento su salvación segura.

Primeramente se elige un lugar pequeño y se le reduce en razón de su destino; se le cierra con un tejado de pocas tejas y paredes bien compactas y se le añaden cuatro ventanas a los cuatro vientos, que

reciban la luz oblicuamente. Se busca luego un novillo, cuyos cuernos se retuerzan ya hacia una frente de dos años; por más que se resista, se le obstruyen ambas narices y el resuello de la boca, y después que ha perecido a fuerza de golpes, sus entrañas maceradas se descomponen sin tener que abrir la piel. En esa situación lo dejan bien cerrado y colocan bajo sus costillas fragmentos de ramas, tomillo y casias verdes.

Tiene esto lugar al punto en que los Céfiros ponen las olas en movimiento, antes de que los prados enrojezcan de colores nuevos, antes de que la vocinglera golondrina suspenda su nido de un madero. Mientras tanto, recalentado el humor en los huesos tiernos, fermenta y déjanse ver animales de extrañas formas, primeramente privados de las patas, luego, haciendo ruido con las alas, se agitan y cada vez más gozan del ligero aire, hasta que se lanzan fuera, como la lluvia que se derrama de las nubes veraniegas, o como las flechas que disparan con el arco los ligeros partos, si alguna vez se deciden al combate.

¿Qué divinidad, oh Musas, cuál nos descubrió este invento? ¿Cómo la nueva experiencia tuvo principio entre los hombres?

El pastor Aristeo, huyendo del valle del Tempe regado por el Peneo, después de haber perdido, según cuentan, sus abejas por la enfermedad y por el hambre, triste se detuvo junto a la fuente sagrada donde nace el río y, dando suelta a sus quejas, con estas palabras invocó a su madre: «Madre, Madre Cirene, que habitas en el fondo de este abismo, ¿por qué me engendraste de la estirpe ilustre de los dioses, si es cierto, como afirmas, que Apolo Timbreo es mi padre, para ser odiado de los hados?, ¿o a dónde te es ido el amor que me tenías?, ¿por qué me ordenabas que esperase el cielo? He aquí que aun este mismo honor de mi vida mortal, que a fuerza de afanes me había procurado a duras penas con la guarda inteligente de mis frutos y rebaños, a pesar de ser mi madre tú, tengo que dejarlo. Ea, sigue adelante y arranca con tu propia mano mi fértil arbolado; lleva él fuego destructor a mis establos y destruye mis mieses, quema mis sembrados y blande contra mis vides la resistente hacha de dos filos, si es que se apoderó de ti un pesar tan profundo de mi gloria».

Pero la madre, desde su lecho bajo el profundo río, percibió el sonido. En torno de ella hilaban las ninfas vellones milesios, teñidos primorosamente de un color verde botella, Drimo y Janto, y Ligea y Filódoce, extendidas las brillantes cabelleras sobre sus cuellos resplandecientes de blancura, Nesea y Espío y Talía y Cimódoce, y Cidipe y la rubia Licorias, la primera

doncella todavía, la otra acabando entonces de probar los trabajos de Lucina, y Clío y Béroe, su hermana, ambas hijas del Océano, ambas teñidas de oro, envueltas ambas en salpicadas pieles, y Efira y Opis y la asiana Deyopea y la veloz Aretusa, que por fin se había despojado del carcaj.

En medio de ellas contaba Clímene la precaución inútil de Vulcano, las astucias y los placeres furtivos de Marte, y refería, empezando desde el Caos, los incontables amores de los dioses. Mientras que, embelesadas las ninfas con el canto, tuercen en los husos los suaves copos de lana, de nuevo el llanto de Aristeo hirió en los oídos de su madre y sobre sus asientos cristalinos quedaron todas presas de estupor, pero Aretusa, antes que todas sus hermanas, levantó sobre el haz del agua su rubia cabellera y mirando ante ella clama desde lejos: «Oh, no en vano lamento tal te ha causado espanto, hermana Cirene, él mismo, el que es para ti tu principal cuidado, Aristeo, triste y en lágrimas deshecho está junto a las aguas de nuestro padre Peneo y por tu nombre te moteja de cruel».

Sacudido el corazón de la madre con un repentino temor, «ea, condúcele, condúcele a nosotras», le dijo, «derecho tiene a pisar el umbral de los dioses». Al mismo tiempo ordena al profundo río que se retire un largo trecho, por donde el joven trace sus pasos, y la ola, por su parte, combándose en forma de montaña, lo rodeó en contorno, lo recibió en su profundo seno y lo condujo hasta el fondo del río.

Y admirando la mansión materna y los húmedos reinos y los lagos encerrados en cavernas y los sonoros bosques iba ya Aristeo y, estupefacto por el movimiento enorme de las aguas, contemplaba todos los ríos que corren en opuestas direcciones bajo la extensa tierra y el Fasis y el Lico, y la fuente donde brota al principio el profundo Enipeo, donde el padre Tíber y las corrientes del Anio y el Hípanis, metiendo ruido entre las rocas, y el Caico, que viene de la Misia, y el Erídano, que ostenta en su faz taurina dos cuernos de oro, el río que con más violencia se precipita en el mar violeta a través de fértiles campiñas.

Después que hubo llegado a la morada del tálamo, abovedada de esponjosa piedra, y conoció Cirene el llanto inútil de su hijo, ofrecen sus hermanas ordenadamente el agua cristalina para las manos y llévanle toallas de tejido liso. Unas llenan las mesas de manjares, otras le sustituyen sin cesar las rebosantes copas; sobre los altares brillan los fuegos de Pancaya. Entonces la madre exclama: «Toma estas copas de

Baco Meonio, libemos en honor del Océano». A la vez dirige ella plegarias al Océano, padre de las cosas y a las ninfas sus hermanas, que custodian cien selvas y cien ríos. Por tres veces roció con el líquido néctar el fuego de Vesta y por tres veces la llama, levantándose, relumbró en lo alto de la bóveda. Confortando con tal presagio el corazón, así comienza ella.

«En el abismo Carpático de Neptuno hay un adivino, el azulado Proteo, que recorre el piélago inmenso con peces y con un carro uncido de bípedos caballos. A la sazón visita éste los puertos de la Ematia y su patria, Palene; a éste nosotras, las Ninfas, también lo veneramos y el mismo anciano Nereo; pues todo lo conoce el vate, lo presente, lo que ya pasó y lo que el futuro ha de traer después. Pues tal fue el agrado de Neptuno, cuyos monstruosos rebaños y horribles focas bajo el abismo 395 Proteo pastorea. A éste, hijo mío, has de coger y amarrar al punto, para que te dé a conocer la causa entera de la enfermedad y te procure un favorable resultado. Pues sin violencia no te dará precepto alguno, ni lo doblegarás con ruegos; emplea sin compasión la fuerza y, después de reducido, échale encima las cadenas: sólo con estos procedimientos sus astucias se quebrarán inútiles.

Yo misma, cuando el Sol haya encendido los ardores del mediodía, cuando las hierbas tienen sed y la sombra es ya más agradable al ganado, te conduciré al lugar apartado del anciano, donde, cansado, se retira al salir de las ondas, para que fácilmente lo ataques tendido mientras duerme. Mas cuando lo tengas cogido con las manos y preso con cadenas, entonces intentará engañarte con diversas apariencias y rostros de fieras, porque se convertirá de repente en erizado jabalí y en tigre cruel y en escamoso dragón y en leona de roja cerviz; o bien dejará escuchar el duro chisporroteo de la llama y de esta suerte probará escaparse de sus lazos, o también escurrirse convertido en delgados chorros de agua. Pero cuanto más él se convierta en toda clase de formas, tanto más tú, hijo mío, apriétale sus inflexibles lazos, hasta que de nuevo cambiado el cuerpo, aparezca tal cual antes fue a tu vista, cuando empezó a cubrir sus párpados el sueño».

Así dijo y exhala un líquido perfume de ambrosía con el que bañó todo el cuerpo de su hijo; entonces un suave olor se exhaló de su peinada cabellera y en sus miembros penetró un vigor que los tornó ágiles.

En la falda de una montaña socavada existe una espaciosa gruta, adonde el viento agolpa las aglomeradas olas y se deshacen en ondas circulares,

fondeadero seguro de tiempo atrás para los navegantes sorprendidos: en su interior resguárdase Proteo tras la enorme roca que la cierra. Aquí la Ninfa coloca al joven en un escondrijo de espaldas a la luz; ella a distancia se detiene oculta entre nieblas.

Ya el arrebatador Sirio, que tuesta a los sedientos indios, brillaba en el cielo y el Sol de fuego había cumplido la mitad de su carrera, las hierbas se secaban y los rayos cocían el lecho profundo de los ríos, recalentados hasta el légamo en sus secas embocaduras, cuando Proteo, saliendo de las olas, se dirigía camino de su acostumbrada gruta; alrededor de él el rebaño húmedo del inmenso mar brincando salpica a distancia un amargo rocío. Las focas se tumban a dormir aquí y allá del litoral; Proteo, como a veces el guardián del establo en la montaña, cuando el lucero llama del pasto a los novillos a sus cuadras y los corderos excitan a los lobos al oír sus balidos, se sienta sobre una roca en medio de su grey y cuenta su número.

Tan pronto como a Aristeo se le ofrece la ocasión de aprisionarlo, sin dejar apenas al anciano que estire sus fatigados miembros, se precipita con grandes gritos y, tumbado, se apodera de él echándole cadenas. Proteo, por su parte, no olvidando sus ardides, se transforma en toda suerte de cosas sorprendentes, en fuego y en horrible fiera y en agua corriente. Mas, como engaño alguno le depara la evasión, vencido, recobra su figura y habló por fin con voz de hombre: «¿Quién a ti, el más confiado de los jóvenes, dice, te ordenó llegar a mi guarida? o ¿qué quieres de mí?». Y entonces Aristeo: «Tú lo sabes, Proteo, tú mismo lo sabes, pues no es posible que en nada se te engañe; mas tú deja de querer burlarme. Siguiendo los preceptos de los dioses venimos a buscar de ti un oráculo a nuestros males». No dijo más. Ante esto el vate con poderosa fuerza lanzó por fin sus ojos brillantes de glauco resplandor y, fuertemente rechinando, así abrió su boca para el siguiente oráculo: «La cólera de algún dios es la que te persigue; una grave culpa expías: Orfeo, digno de compasión por su desgracia inmerecida, promueve contra ti este castigo, si los hados no se oponen, y duramente venga la pérdida de su esposa. Al tiempo que huyendo de ti la joven a la muerte destinada corría veloz por las márgenes del río, no vio a sus pies en la crecida hierba un monstruoso hidró, que vigila las riberas. Entonces el coro de las Dríades, de su misma edad, llenó con su clamor las cimas de los montes; lloraron las alturas del Ródope y el elevado Pangeo y la tierra belicosa de Reso y los getas y el Hebro y la ateniense Oritía. Y él, Orfeo, consolando con la cóncava cítara su

desgraciado amor, a ti, oh dulce esposa, a ti con él a solas sobre la ribera solitaria, a ti al despuntar el día, a ti, cuando ya se retiraba, te cantaba.

»Entró en las mismas gargantas del Ténaro, profunda entrada de Plutón y bosque sombrío do mora el negro espanto, y se presentó a los Manes y ante el rey temible y ante los corazones que no saben ablandarse con humanas súplicas. Entonces, conmovidas por su canto, de las profundas moradas del Erebo acudían las tenues sombras y los espectros de aquéllos que carecen de luz, tan numerosos cual las aves que a millares se esconden en la fronda, cuando el Véspero o la huracanada lluvia las aleja de las montañas, madres y esposos y los cuerpos sin vida de héroes magnánimos, niños y doncellas y jóvenes colocados sobre la hoguera a la vista misma de sus padres; alrededor de ellos un negro limo y el cañaveral repugnante del Cocito y la odiosa laguna de estancadas aguas los aprisiona y la Estigia esparcida entre ellos nueve veces los encierra.

»Además se quedaron presos de estupor los reinos mismos de la Muerte en la profundidad del Tártaro, y las Euménides de cabellos trenzados con serpientes azuladas, y el Cérbero se quedó con sus tres bocas abiertas y la rueda de Ixión que voltea el viento se paró. Y ya Orfeo, volviendo sobre sus pasos, había escapado a los peligros todos y Eurídice recobrada llegaba a la región de la luz siguiéndole detrás (pues Prosérpina había impuesto esta condición), cuando una locura repentina se apoderó del imprudente amante, perdonable en verdad, si los Manes supieran de perdón: se detuvo y a su Eurídice, en los umbrales mismos de la luz, olvidado ¡ay! y en su corazón vencido, se volvió a mirarla. Al punto se desvanecieron todos los esfuerzos y quedaron quebrantados los pactos con el cruel tirano y por tres veces se dejó oír un sordo ruido sobre el lago del Averno.

»Y ella: ¿“Qué locura, dijo, a mí, desgraciada, y a ti, Orfeo, al mismo tiempo nos ha perdido? ¿Qué locura tan grande? He aquí que por segunda vez los hados crueles me llaman atrás y el sueño cubre mis flotantes ojos. Adiós ya; soy llevada envuelta en las sombras de la inmensa noche, hacia ti, tendiendo, ¡ay! ya no tuya, mis impotentes manos”.

»Dijo y rápidamente desapareció de su vista en dirección contraria, como el humo que impalpable en el aire se disipa, ni en adelante vio ya más a él, que en vano intentaba apresar las sombras y decirle muchas cosas; el portero del Orco no toleró más que él cruzase la laguna que se interpone.

¿Qué hacer?, ¿adónde se encaminaría, después de haberle sido arrebatada dos veces su esposa?, ¿con qué llanto a los Manes, con qué súplicas a otros dioses movería? Ella en tanto navegaba ya fría sobre la barca estigia.

»Cuentan que siete meses enteros y seguidos lloró él al pie de una aérea roca, cabe las riberas del Estrimón desierto y que en el fondo de heladas grutas dio a sus cuitas rienda suelta, amansando a los tigres y arrastrando con su canto a las encinas; cual la afligida Filomela, que a la sombra de un álamo llora la pérdida de sus hijos que el insensible labrador al acecho arrebató del nido, implumes todavía; llora ella la noche entera y posada sobre una rama comienza de nuevo su lúgubre canción y llena los lugares vecinos con sus tristes quejas.

»No hubo amor ni himeneo alguno que doblegasen el ánimo de Orfeo. Solo, recorría los hielos hiperbóreos y el nevado Tanais y los campos jamás viudos de las escarchas Rífeas, llorando la pérdida de su Eurídice y el beneficio inútil de Plutón; desdeñadas las mujeres de los cícones por este honor, en medio de los sacrificios de los dioses y de orgías nocturnas en honor de Baco, dispersaron por la llanura extensa el cuerpo despedazado del joven. Y aun entonces mismo, cuando la cabeza arrancada del alabastrino cuello daba vueltas en medio de las ondas, arrastrada por el Hebro Eagrio, “Eurídice”, decía la misma voz, y la lengua fría, “¡Ah, desgraciada Eurídice!”, exclamaba al marchársele la vida, y las riberas a lo largo de todo el río, “Eurídice”, repetían».

Así dijo Proteo y de un salto se arrojó al mar profundo y por donde se hundió, removi6 bajo su cabeza la espumosa agua.

Pero no se retir6 Cirene, sino que viendo con temor a su hijo, se apresur6 a decirle: «Hijo mío, ya puedes desechar de tu corazón los cuidados tristes. Ésta es la causa entera de la enfermedad; por esto las Ninfas con quienes Eurídice dirigía los coros en la profundidad de los sagrados bosques, enviaron a tus abejas la lamentable peste. Llévalas tus dones suplicante, pidiéndoles perd6n, y venera a las Napeas indulgentes; así otorgarán a tus súplicas su gracia y depondrán su enojo. Pero antes te diré punto por punto la forma con que debes suplicarlas. Elige cuatro toros sin tacha, de brillante estampa, de los que tú ahora pastoreas en las crestas del verde Liceo y otras tantas novillas de cerviz no domada. Levanta para ellos cuatro altares ante los elevados santuarios de las Ninfas y haz saltar de sus gargantas la sagrada sangre y abandona en un bosque frondoso

los cuerpos enteros de los toros.

Después, cuando la novena aurora brille ya en el cielo, mandarás en ofrenda a los Manes de Orfeo adormideras del Leteo y sacrificarás una oveja negra y volverás a ver el bosque; a la aplacada Eurídice la honrarás con el sacrificio de una novilla».

No hay retardo; al punto ejecuta las prescripciones de su madre: ante los templos llega; levanta los altares indicados; conduce cuatro toros sin tacha de brillante estampa y otras tantas novillas de cerviz no domada. Después, cuando la novena aurora brillaba ya en el cielo, hace a Orfeo las ofrendas y vuelve a ver el sagrado bosque. Y en aquel punto contemplan sus ojos un prodigio repentino y maravilloso de contar: zumban las abejas a través de las vísceras licuescentes de las reses y salen bullendo por todo el vientre y por las costillas descarnadas; se elevan prolongadas en incontables nubes y se agrupan ya en las copas de los árboles en racimos que hacen balancear las flexibles ramas.

Esto es lo que yo cantaba sobre el cultivo de los campos y de los ganados y sobre los árboles, al mismo tiempo que el poderoso César fulmina los rayos de la guerra junto al profundo Éufrates y, vencedor, dicta sus leyes a pueblos que se le someten y se abre un camino hacia el Olimpo.

Por aquel tiempo la dulce Parténope me sustentaba a mí, Virgilio, que me entregaba a los gustos de un humilde ocio, después de haber cantado canciones de pastores, y, con la audacia propia de la juventud, haberte celebrado, oh Tí tiro, bajo la fronda de una copuda haya.

Virgilio



Publio Virgilio Marón (Virgilio, 70 a. C.-Brundisium, 19 a. C.), más conocido por su nomen, Virgilio, fue un poeta romano, autor de la Eneida, las Bucólicas y las Geórgicas. En la obra de Dante Alighieri, La Divina Comedia, aparece como su guía a través del Infierno y del Purgatorio.

Formado en las escuelas de Mantua, Cremona, Milán, Roma y Nápoles, se mantuvo siempre en contacto con los círculos culturales más notables. Estudió filosofía, matemáticas y retórica, y se interesó por la astrología,

medicina, zoología y botánica. De una primera etapa influido por el epicureísmo, evolucionó hacia un platonismo místico, por lo que su producción se considera una de las más perfectas síntesis de las corrientes espirituales de Roma.

Fue el creador de una grandiosa obra en la que se muestra como un fiel reflejo del hombre de su época, con sus ilusiones y sus sufrimientos, a través de una forma de gran perfección estilística.